



SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE

**LA GUERRA EMPIEZA
ESTA NOCHE**

LA GUERRA EMPIEZA ESTA NOCHE

SILVER KANE

La guerra empieza esta noche

1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE – 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPOSITO LEGAL B 18.732-1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE – 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 – Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

564. — Nací para pistolero. 568. — El gun-man de las dos caras. 572. — La loba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

426. — Duérmete, querida. 428. — El trono del muerto. 430. — Muere, cariño, muere.

En Colección BUFALO:

200. — Pan, amor y pistoleros. 222. — Plomo para mi amada. 231. — Camelias para la muerta.

En Colección PANTERA:

12. — Diligencia al infierno. 85. — El ángel y el demonio.

En Colección CONGO:

21. — Muramos juntos, querida.

En Colección SALVAJE TEXAS:

85. — El demonio del revólver. 100. — Mi revólver nunca falla.

En Colección CALIFORNIA:

3. — Ataúd para una rubia. 53. — El último caballero.

En Colección COLORADO:

15. — Siete ataúdes. 40. — He vuelto para morir.

La GUERRA EMPIEZA esta NOCHE

Por SILVER KANE



PRIMERA PARTE

LOS PERSONAJES

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que aquella noche entró en el concurrido recinto del «Bikini's Center» estaba perfectamente convencido de ser uno de los más importantes del mundo.

Llevaba un elegante traje cortado a medida, lo que en Estados Unidos representa un gran lujo, lucía un costoso reloj que había costado una montaña de dólares y tenía aguardándole en la puerta un magnífico coche europeo de gran «sport», incluso más caro que el tipo medio de los que se fabricaban en su país.

Pero no era eso lo que llamaba la atención en él, sino su sonrisa de suficiencia. Estaba convencido de saber cosas que valían miles y miles de dólares, cosas que podían cambiar el destino de su país, convertirlo en una pobre tierra indefensa, si a él se le ocurría decir

una palabra de más. Esta sensación de ser un hombre del cual dependían muchas cosas le tenía sumido en una especie de éxtasis.

Porque además, Gordon Makae, jefe de un importante gabinete de Prensa gubernamental, cobraba un buen sueldo sin arriesgar nada, puesto que su misión —que él creía de la mayor importancia— consistía en comunicar a los periódicos todo aquello que según el Gobierno podía darse a la publicidad.

Gordon Makae fingía siempre, sin embargo, saber mucho más de lo que en realidad sabía. La idea de ser un hombre importante y cargado de secretos resultaba irresistible para él.

Siguió al obsequioso *maître* que le conducía a una de las mejores mesas junto a la pista y contempló a los de su alrededor con expresión de suficiencia.

Esperaba un importante mensaje, pero mientras tanto resultaba muy agradable y confortador entretenerse contemplando las bellezas que actuaban en la pista.

Las estrellas contratadas por el «Bikini's Center» se contaban entre las más cotizadas de la ciudad y cobraban sumas fabulosas por sus actuaciones. Pero si esas sumas las gastaban o no en vestir bien, era un enigma, porque, a juzgar por sus actuaciones, no tenían ni un centavo para gastarlo en ropa.

A Gordon le gustaba todo aquello. Era su ambiente. Él era un hombre importante rodeado de mujeres bonitas, es decir, la combinación ideal.

Esperaba seguir siendo un hombre importante durante muchos años.

No sabía que iba a serlo solamente durante cinco minutos más.

La estrella que actuaba en pista, una rutilante pelirroja llamada Rosemary Taylor, terminó su actuación e hizo a Gordon Makae una seña que pasó completamente inadvertida para el público.

Un solo mohín con los labios. Una seña deliciosa para un hombre inteligente. Gordon Makae respiró fuerte, encendió un cigarrillo y llamó al *maître* con un movimiento de sus dedos.

—¿El camerino de la señorita Taylor?

—Es el número tres, señor. Entrando por aquel pasillo que ve usted a la izquierda, la puerta del fondo.

—¿Actúa alguna otra vez?

—Por esta tarde ya no, señor. El que acaba usted de presenciar

es el último número. Luego la señorita Taylor ya no vuelve a actuar hasta el final de la noche. Me permito indicarle que los números de la noche son mucho más entretenidos, señor...

—Yo ya veo a la señorita Taylor de cerca las veces que me da la gana —dijo secamente Gordon—. Y además uno tiene sus deberes, las importantes obligaciones de su cargo. Hay una conferencia de Prensa convocada para esta noche. ¿No lo sabía?

—No estoy relacionado con estas actividades, señor.

—Pues a todo el mundo le interesa lo que ocurre con los dispositivos de defensa de nuestro país. Lea usted los periódicos mañana; le conviene hacerlo para dormir más tranquilo.

Separó el cigarrillo de sus labios, bebió de un trago el fondo de *whisky* que quedaba en su vaso y se puso en pie lentamente para dirigirse al camerino de Rosemary Taylor.

La puerta de este parecía la tapa de una bombonera. Gordon llamó discretamente.

—Adelante, querido.

Gordon entró y cerró la puerta a su espalda. Allí estaba Rosemary Taylor con lo mejor de su espectáculo, con lo que el público no solía ver. Gordon Makae sintió que algo temblaba dentro de sus ojos. Pero con ademanes de hombre importante se sentó en una de las butacas y contempló en silencio a la estrella mientras esta terminaba de arreglarse.

—Por favor, querido, alcánzame aquella sortija.

Gordon se la dio.

—Es muy parecida a la que regalé a tu amiga Lena.

—Siempre he tenido envidia de Lena —dijo la estrella con una sonrisa.

—No temas; eres tú mucho más hermosa que ella, ahora lo veo. Además ella está lejos, haciendo una jira por el Oeste central, y tú estás cerca. No sabes bien lo que en determinados momentos conviene estar cerca. ¿Aceptas cenar conmigo?

—No sé si van a quedarte ganas, después de la información que vas a recibir.

Gordon, con gesto de hombre que tiene demasiados asuntos en la cabeza, murmuró:

—No será tan importante como cenar contigo, supongo. Diariamente tengo muchos problemas, pero en cambio no me cita

cada día una mujer como tú.

—No te he llamado por motivos sentimentales, aunque tú y yo tengamos una buena amistad. El hombre que ha de hablarte vendrá enseguida.

—Cuanto más tarde mejor.

—No seas impulsivo. ¿Has dicho ya a tus superiores que andas detrás de una información de importancia?

—Sí, pero solo al general, conforme me indicaste. A nadie más he dicho una palabra. Hay que saber ser discreto en estos asuntos, naturalmente.

—Claro, es lógico.

Ella se puso en pie. Vestida resultaba mejor que en la pista. Era una mujer excepcional, pensó Gordon, un verdadero hallazgo en aquel antro de corrupción que era el «Bikini's Center». Porque Rosemary, que había llegado tres meses antes de un pueblecito fronterizo con el Canadá, conservaba aún toda la lozanía y la sensación de virginidad de una muchacha campesina. La ciudad no parecía haberla corrompido aún.

La mujer se llevó ambas manos a la cabeza.

Su mirada fue hacia una caja que estaba en el ángulo más apartado del camerino. Era una caja redonda, como las que se usan en las sombrererías.

Dijo con una sonrisa:

—Me han traído un nuevo modelo esta tarde. Veremos si te gusta. ¿Quieres alcanzármelo, querido?

Gordon se puso en pie y fue hacia la caja.

—Con mucho gusto.

Levantó la tapa.

Fue la última cosa que hizo en su vida.

Todo el camerino se llenó con aquel sonido estruendoso, raro, alucinante. Hasta Rosemary Taylor, que ya lo esperaba, tuvo un estremecimiento. Gordon lanzó un grito, quiso apartar la mano y ya no llegó a tiempo.

Dentro de la sombrerera había una mamba verde, feroz por el largo encierro, enroscados sus duros anillos y a punto de saltar.

Lo que sucedió a continuación fue escalofriante. Gordon Makae, cuando retiró la mano, lo hizo arrastrando la serpiente consigo, con los mortíferos dientes clavados en su carne.

La mordedura de la mamba verde no perdona jamás, sobre todo, cuando el bicho se ha recreado en ella.

Rosemary Taylor conocía aquel camerino mejor que su propia conciencia. En él había dos puertas, una interior y otra que daba a un pequeño lavabo, y por esa se introdujo la muchacha de un salto. Al ver que Gordon iba a levantar la tapa de la sombrerera ya se había situado junto a la puerta. Aquello no podía fallar.

No falló.

El bicho se paseó por encima del cuerpo de su víctima, buscando nuevas presas, pero ya no pudo hallarlas. La bailarina, había cerrado la puerta tras sí, y desde dentro del lavabo, por la ventana interior, gritaba desesperadamente.

Sólo dos segundos más tarde entraban violentamente en el camerino los dos policías que solían estar de servicio en el «Bikini's Center».

Uno de ellos estuvo a punto de ser mordido por la mamba, y después de dar un salto hacia atrás se puso a disparar como un borracho. La cabeza de la serpiente saltó hecha mil pedazos, y su sangre manchó toda la habitación. Cuando del bicho no se hubiera sacado ni un centímetro de piel sana para adornar los zapatitos de un niño, los policías aún seguían disparando.

En el interior de la otra habitación, Rosemary Taylor se había puesto a llorar.

No podía negarse que estaba dominada por los nervios.

Pero esto fue solo el principio.

* * *

En otro lugar de Nueva York, en un ambiente mucho más sórdido y miserable que el del «Bikini's Center» otro hombre iba a morir, pero este ya lo sospechaba.

El hombre en cuestión no llamaba la atención como la había llamado Gordon Makae. Este era bajito, delgado, un ser insignificante en fin. Además, iba mal vestido. Se adivinaba en él al soltero descuidado, alejado de la vida, con la existencia enturbiada por el alcohol y las mujeres fáciles, por la soledad de sus noches, por la pequeñez de su propia alma. Parecía increíble que, al verle, las personas pudieran pensar tantas cosas de él, pero normalmente

las pensaba.

Phineas Kendall tenía el aspecto más vulgar, insignificante y poco llamativo que puede imaginarse para un hombre.

Y sin embargo, Phineas había sido hasta cuatro años antes, cuando fue separado del servicio, uno de los agentes más valerosos, astutos y eficaces, del servicio de contraespionaje norteamericano en el interior del país.

Durante la guerra, Phineas había desenmascarado a docenas de espías alemanes y japoneses, muchos de los cuales aún estaban cumpliendo condena en lejanos penales federales. Años después, la labor de Phineas había consistido en desenmascarar espías rusos, aunque eso ya no fue tan fácil. Considerado como uno de los agentes más valiosos, Phineas habría escalado las más altas líneas de su profesión, a pesar de su aspecto raquítico e insignificante, si no se hubiese enamorado de una mujer.

A los cincuenta años, un solterón no debe nunca enamorarse y más de una mujer a la que debe perseguir. Phineas se había enamorado como un niño, como un rorro, de la mujer que dirigía una cadena secundaria de espionaje en la costa atlántica. Por la noche, cuando se despertaba, veía su imagen dibujada en los cristales por la luz de la luna, y cualquier rumor que escuchaba lo relacionaba inmediatamente con aquella mujer. Él, un solitario que conocía todos los secretos de la muerte, se entretenía viendo las parejas en los cines, en los parques durante la noche, en los muelles del Hudson, durante los domingos veraniegos... El amor de Phineas Kendall fue el más puro y honesto que pudo sentir en su vida, pero le costó caro, porque sus superiores lo separaron del servicio antes de que ocurriera alguna catástrofe. Desde entonces Phineas había envejecido, había bebido más que en toda su vida anterior, había frecuentado la compañía de mujeres que se reían de él después de prometerle amor apasionadamente. Casi ninguno de sus antiguos compañeros o discípulos se acordaba de él, excepto Dave Lenox. Dave sí que era un buen muchacho.

Aquella noche, cuando Gordon Makae aún estaba vivo y la mamba verde aún no había logrado salir de la cajita de sombreros, Dave buscó a su antiguo maestro Phineas Kendall por todos los tugurios del East River que este solía frecuentar, y le propuso que le ayudase en una misión complicada.

Phineas estaba fuera de servicio y en nada podía intervenir, pero Dave le pidió aquel favor como algo semisecreto. Lo hizo tan solo para levantar los ánimos destrozados del viejo y para que este volviera a sentirse persona importante otra vez, pero Phineas no se dio cuenta de que los móviles que guiaban a su antiguo discípulo eran simplemente caritativos.

Había bebido seis vasos de ginebra, y, sin embargo, estaba completamente sereno cuando escuchó la proposición de Dave.

—¿Es cierto eso que me propones, muchacho? —preguntó Phineas al fin.

—Completamente cierto. Necesito que alguien me proteja, y no puede ser nadie del servicio porque sería advertido enseguida.

—Pero esto es muy irregular, Dave. ¿Tan complicado es el asunto en que te has metido, que tienes que recurrir a una cosa así?

—Se trata simplemente de proteger con toda la discreción a un hombre que ha de llegar a Nueva York transportando desde Europa unos importantes planos. Se trata de algo relacionado con la defensa del país, y eso es todo lo que puedo decirte. Pero yo soy novato en la profesión si se me compara contigo, Kendall.

—Llevas ya dos años en los trabajos más complicados, muchacho.

—Déjate de tonterías. No conozco ni a la mitad de gente peligrosa que hay en la ciudad, mientras que tú puedes identificar con una sola ojeada a cualquier sospechoso que me siga. Me gustaría que me cubrieras discretamente, Kendall, si eso es posible.

—Claro que lo es, muchacho. He realizado docenas de tareas así en todo el mundo, durante mi vida. Pero dudo de que ahora pueda servir para algo.

—Sigues conociendo a la gente, y después de descansar esta larga temporada estás en mejor forma que nunca. Naturalmente, no puedo ofrecerte ninguna gran cantidad, Kendall, pero elevaré un informe al servicio.

Para el viejo sospechoso aquello ya era bastante. El simple hecho de que lo pudieran considerar rehabilitado ya le llenaba de satisfacción. Sólo una duda saltó a su mente.

—Todo esto no lo haces porque yo tenga la sensación de ser un hombre importante otra vez, ¿verdad?

—Parece mentira que un hombre como tú pueda decir estas

tonterías, Kendall.

A los viejos y a los enfermos se les convence enseguida. Dave casi se arrepintió de su caritativo propósito, cuando vio el entusiasmo con que Phineas acogía su petición de ayuda. Pero el viejo había sido su maestro, sentía lástima de él y pensaba que elevar su moral por este procedimiento no iba a significar ninguna catástrofe.

Dave había pensado de un modo muy distinto caso de saber que Phineas Kendall iba a morir precisamente por su causa.

Aquella conversación había tenido lugar en un garito del East River cercano al miserable departamento que ahora ocupaba Phineas. En ese departamento había de morir el viejo poco más tarde.

Phineas y Dave habían convenido encontrarse a la noche siguiente en un lugar situado cerca de los «docks», en el muelle Este. El ex agente se encaminó a su departamento, conectó la radio y pensó que le convenía descansar por aquella noche.

La radio estaba dando el último boletín de noticias. Una de ellas, reservada para el final, era casi increíble, y excitó poderosamente la imaginación de Phineas Kendall.

Gordon Makae, jefe de un gabinete Gubernamental de Prensa, había sido muerto por el veneno de una serpiente mamba verde en el camerino de una artista llamada Rosemary Taylor, actuante en el «Bikini's Center». La misma bailarina había estado a punto de morir a causa de la mordedura de la misma serpiente, pero su agilidad le salvó a tiempo. Se trataba sin duda de un asesinato, y el F. B. I. buscaba ya activamente a todos los relacionados en el asunto. Por ser Gordon Makae un funcionario del Gobierno, la investigación había correspondido a las autoridades federales. Phineas, después de escuchar el boletín, suspiró cansadamente y empezó a desvestirse para introducirse en el lecho. Le parecía increíble que alguien empleara aún procedimientos tan complicados para asesinar, cuando tan fácil es simular accidentes o liquidar a un prójimo con venenos que apenas dejan huellas. De todos modos allá cada uno con sus métodos.

Phineas Kendall consideraba al crimen desde un punto de vista estrictamente profesional y desde luego sin ningún humanitarismo.

«De todos modos hace falta ser bastante imbécil para dejarse

morder por una mamba verde», pensó.

Iba a introducirse en el lecho cuando recordó algo. Tenía que asegurarse de que su revólver calibre «38» aún continuaba en buen uso. Fue al armario donde lo guardaba, lo examinó y repuso en el cilindro las balas que faltaban.

Se introdujo en el lecho con el revólver en la mano, para pulirle un pequeño punto de mira al cañón.

Fue en ese instante cuando supo que iba a morir.

Una sensación glacial y repentina, como un calambre, le recorrió la espalda.

Aquel contacto viscoso, repelente, veloz, que durante unos segundos había sentido junto a su piel no podía significar más que la muerte, la misma muerte que había ido en busca de Gordon Makae.

Phineas dio un salto febril y cayó al suelo, doblándose sobre sí mismo, mientras cometía el error de levantar bruscamente las ropas de la cama. Cuando la mamba verde se arrojaba sobre él, Phineas disparó, pero su puntería ya no era la misma que le había dado fama en el Servicio Secreto. La bala solo rozó la cabeza del reptil y este, excitado, le mordió dos veces rabiosamente.

Phineas hizo fuego cuando la mamba se separaba de él, y le saltó la cabeza.

Estuvo disparando como un loco, como un obsesionado, mientras le quedaron fuerzas. Luego cerró los ojos y dejó caer al suelo el revólver, donde ya no quedaba una sola bala.

* * *

El general Douglas Farber, jefe de una de las más importantes secciones destinadas a la defensa activa del país, cerró el contacto de la radio y bostezó perezosamente.

Aquella noche era sábado. Todo invitaba a olvidar las preocupaciones cotidianas, el trabajo... Incluso la guerra podía ser olvidada en una noche así.

Douglas Farber se disponía a salir para el campo donde ya tenía a sus familiares pasando el fin de semana, y mientras preparaba su pequeño maletín había estado escuchando, los boletines de la radio. La noticia de dos crímenes cometidos en la misma noche y del

mismo modo había llamado poderosamente su atención, aunque Douglas no era policía y solo se ocupaba de los problemas militares.

Incluso, por curiosidad, tomó de su biblioteca un diccionario y trató de encontrar la palabra «mamba verde». No pudo hallarla, seguramente porque el animalejo estaba en aquel diccionario con su nombre latino. Al fin decidió olvidarse de todo aquello, dejó el diccionario en su sitio y encendió un cigarrillo mientras se dirigía a telefonar a su ayudante para que fuera a recogerle en el coche oficial.

No había terminado aún de marcar el número cuando alguien llamó a la puerta de su departamento.

Douglas mismo fue a abrir. Estaba solo y ni siquiera tenía servicio. El general Morton, su inmediato superior, apareció en el umbral cuando él abrió la puerta.

—Pero, general... —balbució Douglas—. Le suponía a usted en Washington. Ahora precisamente iba a marchar por el fin de semana. ¿Es que ocurre algo importante?

El general Morton dijo sencillamente:

—Entremos.

Pasaron a la biblioteca del apartamento. Douglas susurró:

—Es un inmerecido honor que haya venido usted mismo a visitarme, general. ¿O es que ocurre algo importante? ¿Tan importante que...?

—Me temo que tenga que darle la peor noticia de su vida, Douglas.

—¿Es que... ha ocurrido algo a mí familia?

—No, Douglas; lo que va a ocurrir importará a todo el país. Nadie lo sabe aún, excepto los altos organismos de Defensa, y por eso he venido personalmente a ordenarle que se incorpore a su puesto enseguida. Yo, un general, estoy haciendo de simple enlace esta noche. Pero a nadie más puedo confiarle una cosa tan delicada.

A Douglas empezaron a resbalarle unas gotitas de sudor por la frente cuando preguntó:

—Pero en nombre de todos los diablos, ¿qué sucede, general?

Morton respondió sencillamente:

—Sucederá, Douglas. La guerra empieza mañana por la noche.

CAPÍTULO II

La mujer que había entrado en la pequeña habitación acompañada de un guardián, se acercó a la reja metálica que con la valla dividía la pieza en dos partes.

La mujer era joven, guapa, abrumadoramente guapa. Era sugestiva, abrumadoramente sugestiva. Llevaba un vestido apretado, zapatos de alto tacón, medias «Christian Dior» de las más caras, una lujosa pulsera en la muñeca y un cigarrillo en los labios.

Al llegar junto a la reja metálica se desprendió del cigarrillo, lo dejó junto a la valla y sacó una barrita de «rouge» fuerte para pintarse los labios.

El guardián gruñó:

—Retire ese cigarrillo de ahí. No puede haber absolutamente nada que esté al alcance de las manos del condenado.

La mujer lo retiró con la punta de sus dedos, se lo puso otra vez en los labios, manchándolo intensamente de carmín, y luego lo entregó al uniformado agente.

—Toma, cariño, para que le des besitos por la noche.

El guardián iba a decir algo, seguramente poco agradable para ella, pero en ese momento se abrió la otra puerta de la habitación, la que estaba al lado opuesto de la reja, y entró un hombre joven, fuerte, con el rostro todavía curtido por el sol, vestido con el uniforme de los reclusos de Sing-Sing. Aquel hombre también iba acompañado por un agente, que se situó junto a la puerta, quedando así estrechamente vigiladas ambas salidas de la habitación.

La mujer, aun después de ver entrar al joven, siguió pintándose calmosamente los labios.

—Hola, rey —dijo al fin.

Él no contestó. Estrechó la reja un poco convulsamente, con ambas manos, y preguntó al fin después de mirarla intensamente durante casi un minuto:

—¿Por qué has venido, Cintya?

—¿Qué por qué he venido, rey? Pues para despedirme... Me han dicho que «sales» esta noche. ¿Cómo querías que tu pobrecita novia dejara pasar la ocasión sin despedirse de ti?

—Todo esto me parece demasiado cruel, Cintya. No tenías necesidad de llevar las cosas a este extremo.

—Pero ¿no deseabas verme, amor?

—Deseaba verte... de otro modo. ¡Claro que he pensado en ti, claro que te he soñado todas las condenadas noches en esa pocilga que es «la galería del silencio»! Lo que más anhelaba en este mundo era verte, Cintya, pero la verdad... de otra manera.

—No sé por qué, rey —suspiró ruidosamente ella mientras terminaba de retocar sus labios—. No sé qué pasa hoy con esta barrita de «rouge», no afina. ¿Verdad que mis labios quedan mal perfilados, cariño?

Él apretó aún más convulsamente la tela enrejada que estaba entre los dos.

—Cintya...

—Dime: ¿te gustan mis labios, pocho?

—Siempre me gustaron. Antes, cuando todo era tan distinto...

—¡Ah! —ella, con una mueca alegre, no le dejó continuar—. Celebro que te gusten mis labios. Me los estaba retocando en honor a ti. Como «sales» esta noche, podrás luego verlos continuamente...

Él cerró los ojos. Uno de los agentes, tras carraspear con expresión furiosa, gruñó:

—Usted puede decir lo que le parezca al condenado, mientras no le hable de intentar la fuga, pero lo que está soltando por su boca me parece de muy mal gusto. Y puede que si sigue por ese camino la eche de aquí a puntapiés, como una golfa.

—¿Por qué, agente? —preguntó ella volviéndose, con expresión cariñosa.

—Porque tanto «esta noche sales, cariño, y esta noche sales, rey», me está ya cargando. Usted sabe perfectamente que esta noche Nick Randall «sale» en un ataúd. Faltan solo dos horas para que lo ejecuten en la silla eléctrica.

Cintya no se inmutó ni siquiera cuando el agente dijo:

—Usted es la última visita que recibe esta noche, con excepción del confesor y el cortejo que lo llevará a la silla.

—¡Qué poco alegre es usted! —dijo Cintya encogiéndose de

hombros—. Es de esos tipos que solo sirven para polizontes o para empleados de una funeraria. Seguro que su padre es un honrado campesino que plantó un árbol el día que usted nació, y ahora ya está usted pensando en cortarlo para con la madera fabricar ataúdes.

El hombre que estaba tras la reja suplicó:

—Calla, Cintya.

Cintya calló. Sus labios se apretaron. ¡Tenía unos labios tan bonitos! Sus ojos se cerraron un instante. ¡Tenía unos ojos tan turbadores! Su cintura se balanceó agresiva. ¡Tenía una cintura tan... tan...!

Pero el condenado a muerte no pensaba en ninguna de esas cosas. Los policías, sí.

—¿Me odias, Cintya? —susurró él—. ¿Has venido solo a decirme eso?

—Sí, Nick. Sólo para eso.

—Nunca te ofendí, Cintya. Traté de no hacerlo ni siquiera en los peores momentos de mí vida. Nunca, desde el instante en que nos conocimos, he dejado de considerarte como la mujer de mí existencia.

—No te pongas sentimental, Nick. No está bien en un tipo como tú, que dejó sin sentido a tres federales cuando lo detuvieron. Los hombres me dan asco en cuanto empiezan a ponerse blandos y a dejar que se les caiga la baba.

—Nunca me he puesto blando, Cintya. Sólo querría que nos despidiésemos como lo que hemos sido, es decir... como dos amigos. Es absurdo hablar de odio esta noche.

—¿Absurdo? —ella rio nerviosamente, mientras temblaban sus manos sin que pudiera evitarlo—. Miren al hombrecito que en su última noche aún tiene fuerzas para hablar de amor. ¿Tú ibas a ser el que cambiaría mi vida, no? El que me trajo a Nueva York para que fuese una mujer importante. El que me arrancó de casa de mis padres con la promesa de que se casaría conmigo... ¡tú, un cochino espía que vivías de tus traiciones!

—¡Entonces no era un espía, Cintya!

—No, no lo eras. Ni a eso llegabas entonces, cariño. Te limitabas a escribir relatos para un editor de Los Ángeles que te mataba de hambre. Soñabas con abrir algún día un despacho de abogado a

todo tren. —Las palabras de la muchacha destilaban sarcasmo—. ¡Oh, eras mi picapleitos que ganaría millones en pocos meses! Tuviste una de tus primeras causas importantes cuando te juzgaron a ti. Tú fuiste tu propio cliente, puesto que te defendiste por ti mismo ante el Jurado. ¡Y te condenaron a muerte! Sí, mi pobrecito Nick, hubieras ganado millones. Hubieses hecho de mí la mujer más feliz del mundo. Lástima por todo. Lástima que te maten.

—¡Yo quería hacerte dichosa, Cintya, y no pensaba más que en eso! —musitó él con voz densa—. Si te traje a Nueva York fue porque creía en mí, porque pensaba abrirme camino y ofrecerte un porvenir que jamás hubieses soñado. Pero ¿de qué sirve ahora decir eso?

Ella sonrió cruelmente.

—Tienes razón, amor. ¿De qué sirve?

—Desde que vi como aquellos borrachos te apaleaban en el campamento minero juré que haría de ti una mujer nueva, Cintya. Que un día podrías volver a aquel miserable poblado convertida en una reina, en una dama ante la que todos se inclinarían. Ya sé —sus labios se doblaron en una mueca levemente amarga— que todo esto te hace reír, pero lo sentí. Sólo cuando un hombre ama de veras es capaz de caer hasta el abismo.

—¿Incluso en el de ser un traidor, Nick?

—Yo no he traicionado a nadie. El secreto de que me apoderé fue el modelo de un cohete que destruiría cualquier avión cargado con armas atómicas. Todas las naciones, incluso las más pequeñas, debieran conocerlo. No hay hombre en el mundo que no tenga derecho a disfrutar de una defensa así.

—¿Idealista, eh? —gruñó uno de los policías—. Esos son los peores. Trabajaste para tus amigos creyendo hacer un bien a la Humanidad, y la Humanidad se ríe de ti mientras tus amigos te envían a la silla eléctrica. ¿Es que no recuerdas que te hicieron caer a ti en la trampa, mientras todos huían? ¿Por qué no les delatas de una vez, imbécil? ¿No sabes que vas a morir por su culpa?

Nick apretó los puños.

—Si pudiera les ajustar la las cuentas yo mismo. Pero no soy un chivato y nunca lo seré.

—No, claro. Para el tiempo que te queda...

Ahora Cintya tenía lágrimas en los ojos.

—¡Calle, polizonte!

—Vamos a callarnos todos, puesto que ha terminado la entrevista. Venga, acérquese a la puerta y no lleve para nada las manos a la reja. Y tú, Nick, vete pensando en vengarte de tus antiguos compañeros. Como no lo hagas después de muerto...

La voz del sentenciado sonó extraña y opaca cuando dijo:

—Lo haré.

—¿Qué es lo que harás, bendito?

—Vengarme después de muerto.

—Vaya...

—Nick, no digas tonterías... —susurró Cintya mientras las lágrimas inundaban ya sus ojos.

—No son tonterías, Cintya. Lo presiento.

—¡Nick!

De repente ella había imaginado, había «visto» sus facciones contraídas y sus labios abrasados por la descarga eléctrica.

—¡Nick!

El agente se precipitó sobre ella y empezó a arrastrarla hacia la puerta. La mujer era endiabladamente hermosa, endiabladamente maciza. No se dejaba manejar. El policía apretó los dientes mientras pensaba en la posibilidad de golpearla en la nuca. Nick rugió:

—¡Golpéala y te arrancaré los dientes a pedazos, perro!

—Déjeme besarle una sola vez —susurró ella, jadeando—. No pueden negarme ese último favor. No volveré a verlo.

—La mujer de Goering también le besó poco antes de la ejecución y le pasó una cápsula de veneno que llevaba oculta en la boca —gruñó el policía, que era un sabihondo—. Si quieres despedirte de él besa su retrato, nena.

Tuvo que arrastrarla hasta la puerta. Ahora Cintya ya no era la mujer que ha ido a escupir su despecho, su desesperación. Era una mujer temblorosa que veía por última vez al hombre que le había entregado su vida. El policía que estaba detrás de Nick susurró:

—Hace falta querer mucho para manifestar tanto odio como esa mujer ha manifestado al principio. No ha debido ser agradable para usted, Randall. Crea que lo siento.

—No se preocupe; volveré a verla.

Ella lo oyó. Sus dientes casi entrechocaron de excitación y de miedo. Volvió a gritar:

—¡Nick...!

La puerta se cerró.

* * *

El hombre que se apeó de su coche oficial y penetró luego en Sing-Sing, provisto de un permiso que había firmado el propio *attorney general*, deseaba asistir a la ejecución de Nick Randall.

Era un hombre de unos sesenta años, alto, delgado, con la espalda ligeramente encorvada. Se trataba del general Masón, con destino en Washington, en el gabinete militar de la Casa Blanca.

Faltaban treinta minutos para la ejecución del condenado a la silla eléctrica.

—Quiero hablar con el alcaide —dijo el general Masón—. Deseo cambiar impresiones con él antes de que todo eso termine.

Un ordenanza le atendía obsequiosamente. Le ayudó a desprenderse del abrigo militar, le recogió los guantes.

—¿Alguna esperanza de indulto, general?

—¿Indulto? ¿Para quién?

—Para Nick Randall, naturalmente.

—¡Ah, ni siquiera pensaba en él! Al decir «cuando todo esto termine» me refería a mis obligaciones dentro de la comisión militar. Seguramente van a trasladarme y ya no tendré que asistir a ninguna ejecución más por casos de espionaje.

—Permita que le felicite, general. Hay pocas ejecuciones, pero todas son desagradables.

Mason fue conducido al despacho del director, quien salió a recibirle a la puerta. Ambos hombres pasaron al interior y estuvieron charlando durante unos diez minutos. Cuando salieron, ya estaba todo preparado para la ejecución. Los testigos se encontraban en una sala adjunta a la de la silla. Estaban allí los oficiales de la prisión, el juez que sentenció a Nick Randall, el fiscal del distrito. Dave Lenox, el agente federal que lo capturó, un médico forense y una mujer.

La mujer vestía de luto y tenía unos modales distinguidos, finos, selectos. Era algo delgada pero sus músculos vibraban educados y tensos, como los de una bailarina o una atleta. En su rostro inteligente, dos ojos fríos y penetrantes brillaban tras los cristales de

unas delgadas gafas. Aquella mujer no tenía cargo oficial alguno, pero disponía de un permiso especial del Gobierno para asistir a la ejecución. Fue la primera en pasar a la sala fatídica y en sentarse frente a la silla.

El alcaide preguntó si todo estaba en orden al jefe de servicios de aquella zona.

—Todo listo, señor. El condenado acaba de confesar. No ha ofrecido dificultad de ninguna clase. Se porta muy correctamente.

—Buen chico, ¿eh?

—Con nosotros lo ha sido, señor.

—Quisiera hablarle unos instantes por si tiene algo que pedir. La costumbre... Haga que me escolten.

El alcaide entró en la celda, donde solo estaban el condenado y un sacerdote, y habló con Nick Randall durante un par de minutos. Por si el joven quería pedir algo muy privado, los guardianes y el sacerdote se retiraron hacia la puerta, desde donde asistieron impasibles a un diálogo que no podían oír. De todos modos ese diálogo duró tan poco que tuvieron la sensación de que Nick Randall no había pedido absolutamente nada. Parecía increíble que un hombre tan joven y hasta hacía poco tan lleno de esperanzas no tuviese siquiera un último deseo, una última voluntad.

El alcaide salió y luego se formó el cortejo de la muerte.

Toda la ceremonia de la ejecución, que la mayoría de las personas creen agobiante y larga, es en realidad breve como un soplo. Si el condenado no es un hombre muy consciente, llega a no darse apenas cuenta de lo que le sucede. Sólo unos pasos separan su celda de la cámara de ejecuciones, y apenas entra en esta es colocado en la silla sin disponer apenas de tiempo para mirar a los testigos. En realidad, la muerte le sobreviene como un alfilerazo, como algo en lo que ni siquiera ha pensado desde que lo sacan de su celda, pues todo sucede como una pesadilla y produciendo una fuerte sensación de irrealidad. Las horas de espera en la celda son insoportables, pero la muerte, en sí, es piadosa.

Hay hombres, sin embargo, que van a la silla con ánimo tan sereno y con el espíritu tan frío que se dan cuenta de todos los detalles, y para esos, el fin es cruel y largo. Nick Randall pertenecía a esa clase de tipos.

Al entrar en la sala de ejecuciones miró uno por uno a todos los

testigos y por fin su mirada se detuvo en la mujer. Esta, a través de los cristales delgados de sus gafas, lo miraba fríamente, con fijeza, como si él fuese un animal extraño y digno de la mayor atención. No había ninguna piedad en sus pupilas al contemplar al sentenciado, y ni la intensa mirada de este logró que se alterara el dibujo seductor de la boca femenina.

Nick sonrió.

—No empieces ahora con comedias —susurró el guardián que estaba junto a él—. Aunque conquistes a esa mujer seguro que ya no sales con ella esta noche.

Nick seguía sonriendo.

Era curioso que ella hubiese tenido el suficiente cinismo y la suficiente influencia para llegar hasta allí.

Ella, «el gran jefe». La mujer que controlaba toda una red de espionaje en la costa del Atlántico. La que había hecho traición a Nick para enviarlo a la silla eléctrica.

Estaba allí para despedirse de él. Estaba mirándole con sus ojos turbadores y sonriéndole a medias con sus labios túrgidos. Un poco delgada, pero firme y elástica como una bailarina: así era Linda Harris y así la había visto siempre Nick. Linda Harris, la traidora más grande que había pisado las podridas ciudades y los podridos círculos del espionaje. Linda, que le vería morir...

Nick Randall seguía contemplándola con una suave sonrisa en los labios.

No la había delatado. Una sola palabra suya bastaría para que aquella mujer fuese al infierno como él, pero ella sabía que Nick no iba a pronunciar esa palabra. Por eso estaba allí, como desafiándole. Por eso le acariciaba con su mirada y con la sonrisa de sus labios.

¡Condenada mujer bonita!

—Muchas felicidades —susurró ella con voz casi inaudible.

Nick fue empujado a la silla. Ya ¿asaban dos minutos del momento exacto fijado para la ejecución, y esta no podía demorarse. Los movimientos de los agentes se habían hecho agresivos, un poco brutales. Nick hizo un seco movimiento y les obligó a que le soltaran.

Él mismo se sentó en la silla.

Linda Harris seguía mirándole y con los dedos se acariciaba tímidamente los labios.

Nick fue sujeto a la silla. Se le aplicaron los electrodos. Hacía solo cuarenta y cinco días que fue detenido y su rostro aún estaba curtido por el aire libre y el sol. Un proceso rápido, muy rápido. Sin apelaciones ni petición de misericordia por parte de Nick, quien desde el primer momento se había reconocido culpable. Cuando le fue colocado el casco todos, menos Linda, pensaron: «Demasiado joven para morir».

El forense estaba hablando con el alcaide en un ángulo de la cámara. Se encendió una lucecita. El verdugo, al otro lado de la pared, estaba dispuesto. Unos segundos más y descendió de golpe todo el voltaje de las luces de la prisión. La sentencia había sido cumplida.

Pero aún se hizo una segunda descarga para mayor seguridad. Y luego el forense se aproximó al condenado para auscultarle y certificar su muerte.

Cuando Linda Harris salió de la cámara fatídica encendió con movimientos calmosos un cigarrillo.

* * *

Dave Lenox, en el «drug-store» que estaba más cercano a la prisión, encendió también un cigarrillo y bebió unos sorbos del «gin-fizz» que acababan de prepararle.

No se sentía tranquilo ni a gusto esta noche. Le ocurría lo mismo siempre que se veía precisado a asistir a una ejecución, y sobre todo si el condenado era una persona joven. En este caso tenía sobrados motivos para sentirse molesto, puesto que él era el federal que le echó la zarpa encima a Nick Randall, el que preparó el informe y el que prestó la declaración que había de llevarlo a la silla.

En la calle, según veía a través de la puerta, se apreciaba movimiento de tropas, pues continuamente pasaban camiones cargados de infantería. Esto era extraño, pensó Dave, puesto que había pasado la época de las maniobras.

Bebió otro sorbo del «gin-fizz» y aspiró el humo de su cigarrillo. En ese momento entró la mujer de las gafas, a la que había visto poco antes en la sala de ejecuciones. Ella se sentó junto a él, encargó un helado a base de leche y se desprendió de las gafas. Dave notó que ella tenía unos ojos fríos y metálicos, pero de mirada

tan intensa que resultaba difícil olvidarlos una vez se habían visto. Debía resultar maravilloso e incitante llegar a dominar a una mujer así.

Pero Dave Lenox no tenía tiempo para pensar en mujeres esta noche.

Sin dirigirle ni siquiera la palabra salió del «drug-store», arrojó su cigarrillo y salió a la calle. Consultó su reloj, para cerciorarse de que aquella era la hora convenida y aguardó unos instantes mientras los faros de un automóvil se aproximaban a él. El coche, un «Nash» color negro, se detuvo y se abrió la portezuela posterior para que Lenox entrara.



Su grito se confundió con el silbido de la serpiente...

Dentro estaba Leipzig, un tipo gordo con aspecto de cervecero alemán —y en efecto, Alemania era su patria de origen—, quien le indicó con un gesto que se sentase a su lado.

—Buenas noches, Leipzig.

—Llámeme míster Leipzig, si no le importa.

—Está bien, míster Leipzig. No esperaba que a esta cita viniese personalmente usted.

—Como técnico de la Defensa tengo que estar allí donde el deber me reclama, ¿no?

—Eso lo sabrá usted. ¿Qué deberes le traen aquí esta noche y para qué me han dicho que a esta hora tendría que recibir instrucciones?

—Lo que voy a decirle es del mayor secreto, Lenox.

—¿Necesito de verdad saberlo?

—Sí, para que se dé cuenta de la verdadera importancia de su misión. Una conflagración mundial puede empezar mañana por la noche.

Lenox dio un verdadero salto en su asiento.

—Pero ¿qué dice?

—Existen informes muy secretos y muy precisos de nuestra embajada en Moscú. Yo llegué ayer de allí, donde he permanecido dos semanas en visita de observación y siendo en apariencia un simple turista.

—Eso tiene poco interés, míster Leipzig. Explíqueme todo lo que sabe sobre una posible guerra.

—Sobre una segura guerra, amigo mío. Los informes de la Embajada señalan grandes preparativos de los ejércitos chino y soviético en todas las plazas militares de Asia. Parece que lo que se inició con la crisis de Quemoy va a acabar de una manera trágica. Supongo que la primera embestida tendrá lugar en Asia, aunque desde el Berlín oriental también llegan noticias acerca de movimientos inusitados de tropas.

—Pueden ser simples maniobras —objetó Lenox—. Los rusos y los chinos son muy aficionados a estas cosas insospechadas. Visto desde fuera parecen incomprensibles, pero en realidad todos sus movimientos y reacciones obedecen a una inteligencia y a una lógica.

—Hay más. Nadie se alarmaría por simples movimientos de tropas. Pero es que los rusos han concentrado auténticas manadas de bombarderos con carga atómica cerca del Estrecho de Bering.

—¿Cree que esto significa un ataque a través de Alaska?

—Estoy completamente seguro. Los rusos nunca habían concentrado bombarderos atómicos en esa zona.

—¿Y cómo saben que el jaleo va a empezar precisamente mañana por la noche?

—Porque hasta dentro de veinticuatro horas no habrá condiciones meteorológicas aceptables para un ataque en gran escala. En estos momentos es imposible cualquier vuelo a través del círculo polar, pero los meteorólogos afirman que mañana las condiciones serán excepcionalmente buenas. Ya sabe usted lo que son esas cosas: la invasión de Normandía dependió, en cuanto a fechas, de los meteorólogos que de los militares.

Dave Lenox sentía como un sordo malestar en la boca del estómago. No era miedo, no. Era... náusea.

Otra vez la locura colectiva, otra vez la Humanidad acercándose a su fin. ¿Qué quedaría ahora del mundo civilizado? ¿Qué quedaría de los hombres cuando aquella espantosa tragedia terminase?

—Es extraño —susurró—. Los periódicos se hartan de decir que hay peligro de guerra y a fuerza de leerlos ya no les hacemos caso. Pero una maldita noche la guerra empieza. Todo lo que habían dicho se transforma en verdad. Todo aquello que no queríamos creer se convierte repentinamente, sin que ellos lo sospechen, la hora de la muerte.

—Bueno, no se me ponga sentimental, Lenox —gruñó Leipzig.

—Era un simple comentario. Comprendo que de ahora en adelante no podré hacerlos.

—Tendrá que guardar silencio durante pocas horas. Luego... todo el mundo se enterará. Como usted puede imaginar, una guerra atómica solo puede empezar a desencadenarse con un fenomenal ataque aéreo por sorpresa.

—Comprendo. Un Pearl Harbour... que abarque a toda la nación.

—Pero la nación está defendida —dijo orgullosamente Leipzig—. Nosotros, los técnicos, hemos tendido una verdadera red. Como es lógico yo solo conozco una parte mínima de ella, pero sé que es segura y eficiente. Ningún avión podrá volar por encima de nuestras

fronteras si nosotros estamos sobre aviso. Ni siquiera los cohetes tendrán probabilidades de éxito. Nuestra red de defensa antiaérea ha tardado tres años en estar dispuesta. Por lo menos dos años más tardaría en ser transformada si sus detalles llegaran a ser conocidos por el enemigo.

—Me lo imagino. Y comprendo que en este momento lo que menos importa son las palabras. ¿Qué debo hacer?

—Su hombre llega desde Chicago esta noche.

El hombre a quién Dave Lenox debía esperar y proteger había volado desde Europa dando un largo rodeo. Después de una reunión con sus colegas ingleses traía los planos para la propulsión de un cohete que habría de revolucionar la defensa antiaérea, ya que era capaz de buscar durante horas, en la estratosfera, a los aviones enemigos. Ese hombre debía estar perfectamente protegido a su llegada a Nueva York, y para eso habían sido destacados varios agentes federales. Uno de ellos era Dave Lenox.

Leipzig pareció haber adivinado todos sus pensamientos cuando dijo:

—Lambert, el hombre a quién usted debe proteger, trae los planos del propulsor. Pero los planos del cohete que ha de ir acoplado a este solo los conoce Krüger.

—He oído ese nombre, pero no sé a quién pertenece.

—Al científico mejor custodiado de Norteamérica. En estos momentos todo el mundo ignora su paradero, su situación. De todos modos es seguro que ahora tendrá que salir de su escondrijo y presentarse en el Pentágono. He oído decir que se halla al frente de una industria secreta donde ya han sido preparados varios de esos cohetes.

—Sabe usted mucho, míster Leipzig —dijo Dave Lenox con respeto.

—No pertenezco al Ejército ni al F.B.I., pero soy técnico de la Defensa. Hay cosas que usted nunca ha oído mencionar y que para mí son normales y corrientes.

—Sí, ya comprendo, míster Leipzig. ¿Cuántos hombres hemos sido designados para custodiar a Lambert?

—En apariencia solo usted, que será quien lo reciba. Pero al menos habrá cinco hombres más en misión de vigilancia. Todos gente escogida, supongo. ¡Oh, los federales! Buena gente, con

preparación, agilidad y ganas de distinguirse. No le pasará nada a Lambert, no. Va a caer en buenas manos.

—Otra pregunta, míster Leipzig: ¿por qué ha venido usted también?

—Ya veo que se sorprende de esto que parece una intromisión. Pero yo también obedezco órdenes, amigo mío. Tengo que recibir a uno de los secretarios de nuestra Embajada en Moscú, que viene para informar de los últimos acontecimientos.

—¿Usted le conoce?

—Ya le he dicho que yo también acabo de regresar de Moscú. Ese hombre es amigo mío.

—Espero que en su misión no tenga contratiempos, míster Leipzig.

—¡Claro que no!

Llegaban al aeródromo de Laguardia. El chófer estacionó el coche y abrió respetuosamente la puerta a Leipzig. Dave salió tras él, se separaron en uno de los vestíbulos y fueron por distintos caminos a la pista, atento cada uno a lo que se le había encomendado. No se habían separado para fingir que no se conocían, sino para no permitirse una sola distracción.

Mientras Dave, con las manos en los bolsillos, los cabellos movidos por el viento, aguardaba la llegada del cuatrimotor cuyas luces ya se distinguían en la lejanía, una furgoneta sospechosamente cerrada pasó junto a él. Dave Lenox conocía aquella clase de furgonetas y sabía lo que se transportaba en ellas. O por lo menos en esta.

El cadáver de Phineas Kendall, muerto pocas horas antes por la mordedura de una mamba verde, y al que ya se le debía haber efectuado la autopsia. Seguro que ahora iba a realizar un corto vuelo en un avión comercial. Un vuelo hasta Boston, su ciudad natal, donde lo embalsamarían y recibiría sepultura en el viejo panteón de su familia.

Allí todo era rápido, incluso las autopsias, cuando se quería que pasara inadvertido mi hombre. Y los del F.B.I. debían querer quitarse de encima el cuerpo del viejo Kendall, para que se pudriera bien lejos. Debían querer quitarse de encima incluso su recuerdo.

Ellos lo conseguirían. Dave Lenox no.

Él le había empujado sin querer a la muerte.

Siguió durante unas yardas a la furgoneta caminando dificultosamente, y contempló el avión en el que el ataúd iba a ser introducido. Un bimotor comercial pesado y lento, tan pesado y lento como el viejo Kendall en los últimos días de su vida. Dave pensó que en Boston, la ciudad puritana, Kendall no se sentiría a gusto ni aun después de muerto.

En este instante el avión en que llegaba Lambert se aprestaba a aterrizar después de dos vueltas sobre el aeródromo. El fragor de los motores ensordecía el aire.

Dave miró a su alrededor y entonces vio otra vez a la mujer. ¡Aquella extraña mujer de la ejecución, la mujer del «drug-store», la que parecía mirar burlonamente a través de sus delgadas gafas! ¿Qué hacía aquí? ¿Qué endiablada coincidencia era esta?

El avión se posaba ya en la pista lentamente.

La mujer desapareció. A pesar de lo avanzado de la hora había mucha gente en el aeródromo para las llegadas y salidas de los últimos aviones. El federal, después de poner unos instantes su atención en el aparato que llegaba, ya no pudo localizarla.

La escalerilla fue colocada y los pasajeros empezaron a descender. Lambert, una de cuyas fotografías había sido entregada a Lenox, fue el tercero. Lo reconoció enseguida y se fijó en el maletín que llevaba sujeto a la muñeca por un aro de metal. Detrás de él venía un federal a quién Dave conocía. Más allá, entre los que se dirigían para embarcar en otro avión, distinguió a un nuevo compañero.

La gente reía, se abrazaba, se encaminaba hacia el bar o hacia las salidas... Una familia entera de judíos casi bailaba junto al avión del que su jefe acababa de descender. Nadie sospechaba que dentro de pocas horas quizá todos habrían muerto y la ciudad más populosa del mundo estaría destruida.

Dave se aproximó a Lambert mientras Leipzig lo hacía a un individuo grueso, calvo, que le estrechó la mano sin fuerzas.

Dave se presentó:

—Agente especial Lenox, señor.

—Es un placer. ¿Tiene dispuesto el coche?

—Interesa que pasemos inadvertidos, señor. Tengo órdenes de tomar un taxi.

—Como quiera.

Salieron. Dave hizo una seña a un taxi, que se aproximó a ellos inmediatamente. Cuando iban a arrancar asomó por la ventanilla la cara redonda de Leipzig.

—Dave, por Dios, lléveme con usted...

Y en ese momento se oyó una explosión estremecedora y un huracán de llamas pareció rodearlos por completo.

CAPÍTULO III

El general Masón, cuyos ojos brillaban a causa del sueño y la excitación de toda una noche interminable, entró en las oficinas del Estado Mayor y recogió el teléfono que le tendía un ayudante.

—Es del Pentágono, señor. Por la línea directa.

El general acercó el auricular a su oído derecho y gruñó:

—Masón al habla. Esperaba esta llamada desde hace más de una hora. ¿Qué ha ocurrido?

—Soy el coronel Bradley, señor —moduló una voz al otro lado del hilo—. Hemos estado intentando buscar confirmación a la noticia antes de proceder a movilizar los dispositivos de defensa. Desgraciadamente, la noticia se está confirmando, señor.

—¿Por qué lo dice?

—El secretario de Embajada que venía desde Moscú a informar ha sido asesinado.

El auricular casi quemaba en los oídos de Masón.

—¿Cómo...?

—Lo han quemado vivo, señor.

—Pero ¿qué dice? ¿Está usted loco? ¡Bradley! ¡Oiga, Bradley! Temo no haber oído bien. ¿Qué dice que ha sucedido con ese diplomático?

—Que lo han que-ma-do vi-vo —silabeó con toda claridad él coronel desde el otro lado del cable.

Masón estaba lívido.

—¿Dónde?

—En el aeródromo de Laguardia.

—Eso es increíble, Bradley. No se quema viva a la gente junto a las calles de Nueva York. Si lo de esta noche no fuera tan terrible iría directamente a Washington para hablar con usted. Pero tengo una idea mejor: ¿quién era el federal que debía darle escolta? ¿Lo ha dicho el F.B.I.?

—Lo ha dicho, señor. Se llama Dave Lenox.

—¿Vive?

—Vive, señor.

—Me pondré en comunicación con él inmediatamente. Preste atención ahora, Bradley.

—Mándeme, señor.

—Llame a Krüger y tráigalo a Nueva York por el procedimiento más rápido. Krüger, ¿entiende? Mister Krüger. Tiene que estar aquí antes de dos horas si es posible. Empleen los «Sabré» a reacción de la base. El general Wolseley le informará en parte sobre el modo de encontrar a ese personaje.

—Todo el asunto Krüger es extremadamente secreto, señor —se atrevió a protestar Bradley—. Lo sé porque la ejecución de Salwer, hace seis meses, estuvo relacionada con eso. Quisiera una orden escrita si no le importa, señor. Yo, realmente...

—El general Wolseley se la dará. Él está autorizado para intervenir en este asunto. Pero recuerde que él solo puede facilitarle una parte de la dirección donde se oculta Krüger. La otra parte la obtendré yo directamente en el que la custodia, y haré que sea retransmitida al Pentágono por procedimientos de absoluta seguridad.

—Cumpliré inmediatamente lo mandado, señor. A sus órdenes.

Fue cortada la comunicación desde el otro lado de la línea, en Washington. Masón, en Nueva York, colgó también pensativamente el teléfono mientras unas gotas frías de sudor comenzaban a perlar su frente.

Él había estado en los peores lugares de la guerra pasada. Había estado en Pearl Harbour cuando el ataque nipón. Había estado en Guadalcanal el día que los americanos tomaron la ofensiva. Antes estuvo sitiado en la fortaleza del Corregidor. Desembarcó en Normandía y estuvo en la toma de Caén y de la fortaleza de Cherburgo. Luego desembarcó en Filipinas con Mac Arthur. Durante la guerra de Corea, en los días más trágicos, estuvo también encerrado en el perímetro de Fusán.

Pero todo le parecía un juego de niños si lo comparaba con lo que ahora sucedería. Un ataque atómico en masa capaz de resolver la guerra en una sola noche. Los periódicos hablaban con frecuencia de aquello, pero nadie lo creía porque era demasiado horrible. ¡Y ahora iba a ser verdad! ¡Millones de seres humanos lo comprobarían cuando sintieran abrasada su propia carne! Y solo un

hombre en todo Norteamérica podía evitar aquel desastre, solo un hombre podía impedir que los bombarderos rusos llegaran a través del Canadá y Alaska. ¡Krüger! ¡Aquel diabólico y desconocido Krüger a quién acababa de llamar!

Descolgó otra vez el teléfono y pidió que por la línea directa le pusieran en comunicación con el propio Edgar J. Hoover.

Hoover, el jefe del estaba trabajando en su despacho. Seguro que no dormiría aquella noche ni en la siguiente. A lo mejor no volvía a dormir nunca más. Conoció la voz de Masón, quien estaba en frecuente contacto con él, y se puso a su disposición.

—Necesito dos cosas —dijo Masón—. La primera de ellas es hablar con un agente especial que se llama Dave Lenox.

—Acaba de regresar del aeródromo de Laguardia y está informando en este momento. Lo enviaré enseguida al Estado Mayor. ¿Qué más?

Hoover no hizo ningún comentario sobre lo que había ocurrido en el aeropuerto. Dio incluso la sensación de que aquella era una cosa rutinaria para el Departamento que dirigía. O demasiado importante para hablar de ella. Un hombre quemado vivo cuando llegaba desde Moscú para informar a su Gobierno sobre la inminencia de una guerra...

—La segunda parte consiste en lo siguiente —dijo el general Masón—: Daré a Lenox una autorización escrita para que se extraiga el expediente Krüger, de alto secreto.

—¿Con qué fin?

—Los datos que constan en ese expediente deben trasladarse a determinada persona del Pentágono cuyo nombre indicaré en la autorización. Es preciso que Krüger llegue a Nueva York antes del amanecer.

—De acuerdo. Tengo curiosidad por saber qué cara tiene ese individuo. No le hemos visto jamás, a pesar de que durante los últimos tiempos ha sido necesario protegerle como a ninguna otra persona en los Estados Unidos, si se exceptúa al Presidente y a los miembros de las comisiones para la guerra atómica.

—Le ruego que me envíe a Lenox rápidamente esté como esté. Gracias, Hoover, por su colaboración.

—En estas circunstancias estamos a las órdenes del Pentágono. Y colgó.

Masón colgó también, mientras paseaba una mirada circular por la habitación donde se encontraba. Todos, absolutamente todos, estaban en sus puestos. Las oficinas del Estado Mayor vibraban como una colmena en plena actividad. Una especie de frenesí, de sentido del tiempo que va a expirar para siempre, se había apoderado de todos.

Media hora después llegó Dave Lenox.

Masón lo recordó enseguida. Lo había visto en la ejecución de aquella misma noche. Mal sitio Sing-Sing para hacer amistades.

—Siéntese —ofreció—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. Tengo la boca seca y no me atrevo a fumar.

—Lo comprendo. Le he hecho llamar para una cosa muy importante, Lenox. ¿Qué ha ocurrido en el aeródromo de Laguardia?

Lenox, quien se había acercado al general cojeando ligeramente, intentó cruzar las piernas sin conseguirlo y cerró los ojos.

¿Qué había sucedido en el aeródromo de Laguardia?

* * *

El rostro desencajado de Leipzig a través de la ventanilla. Una cabeza demasiado blanca, parecida a la cabeza de un muerto.

—¡Llévenme con ustedes! ¡Llévenme...!

—Pero ¿qué sucede, Leipzig?

—¡Alguien ha dejado una caja redonda dentro del coche! ¡Juraría que se mueve y he salido corriendo! Yo...

Y en aquel momento la explosión, la explosión terrible y enloquecedora que pareció envolver en llamas el mismo automóvil donde se encontraban Lambert y Dave Lenox. Pero no era su coche el que acababa de hacer explosión, sino el de Leipzig, el que estaba un par de yardas más adelante. Lenox recordaba vagamente haber oído el ruido del arranque antes de que aquel horrible estruendo se produjera. El automóvil de Leipzig fue envuelto por las llamas y de él salió corriendo un hombre... ¡un hombre convertido en una espantosa antorcha viviente!

* * *

Lenox aún tenía cerrados los ojos cuando terminó la narración. Y estaban apretados sus puños.

—¿Quién era esa antorcha viviente? —preguntó Masón.

—El secretario de Embajada que acababa de llegar desde Moscú.

—¿Qué quedó de él?

Lenox, que acababa de abrir los ojos, volvió a *serrarlos* con pesadumbre otra vez.

—Al verlo recordé un viejo y espantoso adagio latino: «Pulvis, cineris, nihil». «Polvo, ceniza y nada».

—Es usted... terriblemente expresivo, Lenox.

—Me limito a contestar a sus preguntas. Siga haciéndolas si desea obtener una información completa.

—Está bien, voy a seguir. ¿Sufrieron ustedes algún daño? ¿Qué fue del chófer del coche de Leipzig?

—Ese ni siquiera tuvo tiempo para saltar. Como iba delante, debió sufrir directamente los efectos de la explosión y perdió el sentido. Naturalmente, murió abrasado también, pero no debió darse cuenta. Nosotros no sufrimos ni un arañazo. Lambert está ahora en el F.B.I., esperando que se le ponga en contacto con Krüger.

—Krüger es en estos momentos uno de los personajes más importantes de los Estados Unidos. Usted llevará una autorización mía para que extraiga su expediente. Y ahora, ¿a qué atribuye esa explosión de que estábamos hablando, Lenox?

—Alguien colocó una bomba incendiaria conectada al sistema de arranque. Tuvo por fuerza qué ser eso. Nunca sabremos la verdad exacta ni conoceremos si el chófer se distrajo, puesto que él mismo fue la primera víctima. Pero tratándose de un automóvil «Nash» de modelo normal, que debía ser perfectamente conocido por los asesinos, cinco minutos debieron bastarles para colocar el artefacto. Aquella zona del aparcamiento estaba bastante oscura. No es de extrañar que el conductor bajase del automóvil unos minutos, incluso que llegara hasta la cantina. Muchos lo hacen y nunca ocurre nada. De todos modos jamás lo averiguaremos.

Masón quedó pensativo unos instantes. Las volutas de humo del cigarrillo que acababa de encender parecían hacerle daño en los ojos, porque parpadeaban con frecuencia.

—¿Y de la caja que se movía? ¿Qué pensó Leipzig? ¿Qué podía

haber también allí una mamba verde?

—Se han cometido esta misma noche dos asesinatos por ese procedimiento, general, y es fácil que la imaginación de Leipzig se desbordase.

—Lo comprendo. Prácticamente toda la ciudad está ahora pendiente de esos dos extraños crímenes. Pero ¿encontraron huellas de la caja? ¿Y de la mamba verde?

—No se encontró nada, pero hay una explicación: la caja quedó completamente destruida con el incendio del coche, y la mamba verde pudo huir. De otro modo hubiéramos hallado su repugnante esqueleto.

—Si hay una serpiente de ese tipo viva por esa zona, puede ocurrir un desastre. ¿Han tomado medidas?

—La Metropolitana está batiendo el terreno, y se ha advertido a todos los habitantes de las cercanías que cierren herméticamente sus casas.

—En estos momentos, pues —recapacitó tristemente Masón—, muerto el hombre que había llegado desde Moscú para informarnos, nos encontramos sin noticias de primera mano... Curiosa situación para el Ejército mejor organizado del mundo.

—¿Y las noticias que puedan llegar por vía diplomática?

—En situaciones tan extremadamente graves, y cuando no se sabe bien aún si todo es cierto o un monstruoso «bluff», cuanto se haga para mantener la sensatez es poco. Por eso no ha venido a informarnos nuestro Embajador, lo que hubiera llamado poderosamente la atención de todo el mundo, sino un simple secretario con instrucciones verbales y algunos documentos, los menos posibles. En realidad solo tenía que decir: «Sí, lo que ustedes temen es cierto. Prepárense». O «No hemos visto señales de guerra en la U.R.S.S. Conserve la calma». Desgraciadamente ese hombre no dirá nunca nada más.

—Pero insisto, general. ¿Y noticias por vía diplomática?

—Se refiere usted al telégrafo y a la radio. Bien, muy bien. ¿Y si los rusos poseen la clave que empleamos? Sabrán que esperamos el golpe y cómo lo esperamos. Militarmente nos interesa, por el contrario, fingirnos completamente desprevenidos para que no cambien sus planes y nos bombardeen por ejemplo, a través del Atlántico en lugar de emplear la ruta de Alaska.

Lenox se llevó una mano a la frente.

—Parece increíble todo esto, general. Me cuesta dar crédito a sus palabras... y a las mías.

Masón se puso en pie, dio una suave palmada en el hombro al federal y escribió de su puño y letra una orden en el papel oficial que un ayudante puso a su disposición.

—Tome, Lenox: para Edgar J. Hoover en persona. Tendrá bastante con lo que hay escrito aquí.

—Lo entregaré inmediatamente, señor, y defenderé este documento con mi propia vida.

—Ese es su deber. Y ahora, Lenox, por cierto... ¿cuál es la razón de que estuviera usted hace unas horas en la ejecución de Nick Randall?

—Por un motivo muy sencillo. Yo fui el agente que lo capturó y el que tuvo que hacer la declaración decisiva ante el Jurado acerca de su culpabilidad. Verdaderamente Randall ha muerto porque yo cumplí mi deber. Y esa ingrata tarea ha terminado esta noche.

Hablaba con naturalidad, explicando todos aquellos detalles que al fin y al cabo formaban el núcleo, y hasta la rutina, de su profesión, pero de repente le pareció notar que el general había palidecido.

—¿Qué le ocurre, Masón?

—No, nada. No me haga demasiado caso. Todos estamos preocupados por las últimas noticias, por...

—No ha sido por las últimas noticias, general. Ha sido por lo que acabo de decirle yo.

—¡Bah! ¿Sabe que en el fondo es usted un presuntuoso, Lenox?

—Llevo bastante tiempo en el F.B.I. y conozco las reacciones de los hombres aunque luzcan entorchados de general.

—Bueno... es posible que me haya sorprendido. No esperaba de ningún modo que fuese usted el hombre que capturó a Nick Randall.

—¿No lee los periódicos?

—O no recordaba ese detalle o la intervención de usted se le dio muy poca publicidad.

—Se le dio muy poca publicidad, es cierto. Nosotros no trabajamos de cara a la galería. ¿Tiene usted algo más que ordenar, general? ¿Puedo regresar ya al Bureau?

—Sí. O mejor dicho, espere... ¿Lleva usted su revólver de reglamento?

Lenox quedó asombrado ante aquella nueva pregunta. ¡Claro que lo llevaba! ¿Qué federal empieza un servicio sin contar con su «calibre 38»? Pero por lo visto Masón estaba raro esta noche. Habría que seguirle la cuerda.

—Aquí lo tiene, general. Bien limpio y engrasado y en disposición para funcionar. ¿Es bastante?

Masón lo tuvo unos momentos en sus manos, lo sospesó, lo miró...

—Lenox —decidió de repente—. Iré yo en persona a ver a Hoover. Devuélvame ese documento. Y si quiere aceptar un consejo procure no moverse de aquí y no salir a la calle en toda la noche.

—Pero... ¿por qué?

Los dientes de Masón casi rechinaron cuando dijo esta cosa incomprensible:

—*¡Porque tendrá miedo!*

Tomó bruscamente el documento que Lenox le tendía, dio media vuelta y salió de la habitación.

Nunca Dave Lenox se había encontrado ante una situación semejante. ¡Jamás!

Con los dientes apretados, violentamente ofendido por lo que acababa de suceder, corrió tras el general cuando tuvo tiempo de reaccionar. Pero Masón ya no estaba. Ya no se le veía en la calle, por cierto bastante tenebrosa y oscura a aquella hora cercana al amanecer.

Y entonces Dave Lenox comprendió en toda su horrible magnitud aquella frase:

—*¡Porque tendrá miedo!*

Acababa de ver algo que le paralizó el corazón y le heló la sangre en las venas.

SEGUNDA PARTE

LAS SENDAS DEL DIABLO

CAPÍTULO IV

«El gran jefe» abrió la ventana. Dave Lenox siempre le llamaba así, aunque Edgar J. Hoover tenía otros títulos bien distintos. La ciudad, a primeras horas de aquella mañana, estaba cargada de niebla, una niebla pegajosa que venía desde el Hudson, y el despacho pareció llenarse enseguida de aquella atmósfera gris y repleta de oscuros presagios.

Hoover tomó asiento tras su mesa y dijo sencillamente:

—Lenox, tiene usted que marcharse bien lejos de la ciudad.

—¿Por qué? ¿Es que he cometido alguna falta y se me traslada de destino?

—No se trata de eso, Lenox. Simplemente... se le ha concedido un permiso extraordinario.

—Pero ahora hacen falta todos los hombres disponibles... un grave peligro amenaza al país. ¿Por qué engañarnos con falsas esperanzas?

—Usted nos será más útil fuera de Nueva York, Lenox. Yo mismo estoy continuamente yendo y viniendo de esta ciudad a Washington y de Washington a esta ciudad. Le aconsejo que salga esta misma mañana y procure descansar. Hay sitios excelentes para el reposo, como las inmensas plantaciones del sur, por ejemplo.

—Confieso que estoy fatigado, pero... Está bien, quisiera hablar con claridad si usted lo permite. ¿Por qué se me echa de Nueva York?

—No le echamos, Lenox. Le concedemos sencillamente un permiso, el cual debe empezar a disfrutar precisamente esta misma mañana. Ya me advertirá del lugar donde se encuentra, una vez

haya llegado a su destino. Buenos días, Lenox. La entrevista ha terminado.

Hoover se puso en pie y le tendió la mano a través de la mesa. Lenox la estrechó con cierta timidez, confundido y sin saber qué pensar. Luego salió del despacho y minutos después abandonaba el Departamento de Justicia para perderse entre la gris neblina de la calle.

La ciudad ya se había despertado y estaba en pleno apogeo de su actividad, bien ajena a los peligros que la amenazaban, sin acordarse de que existían aviones ultrarrápidos a reacción, bombarderos atómicos, cohetes que eran capaces de llegar con su carga mortífera desde el continente europeo... Lenox miraba a su alrededor pensando que quizá muy pronto toda aquella orgullosa ciudad sería destruida. Pero una preocupación aún más importante que esta le asaltó el cráneo apenas se vio en la calle.

Se estaba volviendo loco.

Él, un federal que había realizado misiones en todo el país, que conocía a los peores criminales y estaba habituado a mirar a la muerte cara a cara, con una absoluta frialdad, había temblado, sin embargo, la noche anterior como un chiquillo tiembla ante una pesadilla.

Y en realidad lo que había tenido era una pesadilla. Ver a un muerto... Bueno, más valía que no siguiera por ahí. Mientras más pensara en eso, más y más se afincaría la pesadilla en su cráneo. Debía olvidarlo y obedecer las órdenes que le había dado Hoover. Un descanso en las inmensas plantaciones del sur le sentaría bien...

Tomó un taxi y fue a su casa, en la Avenida Lexington. Ocupaba allí un departamento de soltero de dos habitaciones con baño. Los muebles eran claros y modernos y las paredes habían sido decoradas por un pintor futurista, amigo de Lenox. Cuando uno entraba allí tenía la sensación de encontrarse en una elegante exposición de muebles funcionales. Pero el federal, al penetrar en sus habitaciones, notó inmediatamente algo que no le pareció normal.

Olor... ¿Olor a qué? Olor a un tabaco especial que se fumaba poco en los Estados Unidos, un tabaco fuerte y algo amargo que se consume en largos cigarrillos emboquillados. Olor a tabaco ruso...

Dave Lenox conocía ese olor porque estaba ligado a algún

recuerdo importante de su vida, pero ahora no podía precisar a cuál. Era como una de esas sensaciones inconcretas y lejanas que nos asaltan de repente y que al principio no podemos identificar. Dave Lenox se encontraba ante una de esas sensaciones.

Pero era tabaco ruso, estaba seguro. Y fumado poco antes en aquella misma habitación. Lenox cerró la puerta del departamento a su espalda, se palpó la funda axilar donde llevaba el revólver y abrió rápidamente, haciéndose enseguida a un lado, la puerta de la otra habitación y la del cuarto de baño. Pero no había nadie allí. Sólo aquel extraño olor seguía flotando en todas las habitaciones.

Los restos de los cigarrillos aún estaban allí, en un cenicero de Murano. Largas boquillas con unas partículas de ceniza. Cigarrillos rusos auténticos de los que producían aquel extraño olor. Lenox no se había equivocado cuando entró allí.

Pero ¿por qué los habían dejado? Todo aquello estaba hecho a propósito, no cabía duda. La habitación no había sido registrada, los muebles se hallaban intactos. Alguien quiso dejarle un aviso de su presencia o bien le estuvo esperando durante parte de la noche, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y al fin se cansó de aguardar.

Lenox pensó que todo se aclararía si lograra recordar dónde había sentido antes aquel olor peculiar de los cigarrillos rusos. ¿Dónde? Le era imposible precisarlo. Él había realizado misiones lo mismo en Boston, que en San Francisco, igual en San Luis, junto al Mississippi, que en Trinidad, a orillas del río Purgatorio. Había tratado con hombres que fumaban todas las clases de cigarrillos que hay en el mundo. ¿Cómo precisar ahora dónde había percibido aquel olor...?

De repente tuvo como una rara sensación, la sensación de algo alucinante, y a pasos rápidos salió otra vez de su apartamento.

Fue directamente al Hospital Bellevue y se introdujo en las salas de la Morgue.

Bussel, el empleado a quién ya conocía, estaba allí fumando su sempiterna pipa.

—Hola, Bussel. Esta noche pasada ha habido ejecución en Sing-Sing. ¿Sabes si han traído aquí al difunto para la autopsia?

—Que yo sepa no, Lenox. Y además no sé por qué me preguntas eso. Normalmente las autopsias se realizan en la misma cárcel.

—Me he encontrado con muchas sorpresas, Bussel. De todos modos, gracias.

Dave Lenox salió de la Morgue y fue directamente a Sing-Sing.

En la inmensa cárcel se había reforzado la guardia; eso lo notaba cualquiera que estuviese habituado a acercarse por allí. Dave Lenox preguntó por el alcaide, al que ya conocía, y fue introducido directamente en el despacho oficial de este.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se ha reforzado la guardia?

—Parece que los reclusos han oído algo raro en el ambiente. Ya sabe, movimientos de tropas... Parece increíble cómo llegan a enterarse de las cosas hombres que desde su celda no ven ni siquiera el patio de la cárcel. ¿Qué le trae por aquí, Lenox?

—Quisiera saber si se ha efectuado ya la autopsia al cadáver de Nick Randall, electrocutado anoche.

—¿Y por qué quiere saberlo? No se me ha hecho ninguna observación sobre el particular.

—Es un asunto personal y un tanto difícil de explicar, pero dígame... ¿Sería posible que yo viese el cadáver de Randall?

—Sigo preguntando: ¿por qué?

—Ya se lo he dicho. Simple asunto personal.

El alcaide entornó ligeramente los párpados.

—Me temo que ya no pueda verlo, Lenox. Ni usted ni nadie a menos que se consiga una orden legal de exhumación.

—Pero ¿es que ya ha sido sepultado?

—Sí.

—No comprendo tanta celeridad.

—Randall no tenía parientes ni persona alguna que mostrara interés por hacerse cargo de su cadáver. A este respecto se hicieron las investigaciones legales antes de la ejecución, como es lógico. Y a las siete de la mañana, cuando los médicos terminaron la autopsia y se cumplieron todos los requisitos, di orden para que el cuerpo fuera trasladado al cementerio de Brooklyn, donde recibirá sepultura con cargo al presupuesto de asistencia pública. Triste final para un hombre como Randall, ¿no?

—¿Cree que llegaré a tiempo si voy enseguida al cementerio de Brooklyn?

—¿Por qué esa ansiedad, Lenox? No le comprendo. ¿Es que de repente se le ha despertado afición por ver muertos?

—He hecho una pregunta, señor, y le suplico que me responda —dijo el federal con voz fría.

—Está bien, vaya al cementerio de Brooklyn. No encontrará más que una lápida, pero si eso le complace...

Lenox se sentía turbado, confundido. Jamás se había encontrado ante una situación así. Disculpándose con un par de frases breves, tendió la mano al alcaide y salió del despacho.

Media hora después estaba en su apartamento, arreglando las maletas. Y Una hora más tarde en la estación dispuesto a tomar billete para Nueva Orleans. Pero de repente tomó una decisión y regresó a su apartamento.

No obedecería la orden de sus superiores Se quedaría en la ciudad.

Miró otra vez los restos de los cigarrillos, estuvo reflexionando unos instantes y al fin decidió ir a ver a Sanders, un comerciante negro que vendía tabaco de todas clases en un sórdido establecimiento situado en el corazón de Harlem.

Cuarenta minutos después estaba allí. Y encontró el establecimiento de Sanders cerrado, a pesar de la hora.

Entró en el portal contiguo, en el que había otra puerta de entrada al establecimiento. La forzó con sus llaves maestras en un par de minutos y pasó al interior del local.

Dentro, aquel mismo olor a cigarrillos fumados poco antes. Aquel olor que le recordaba algo, aún no sabía qué.

Y dentro también el cuerpo de Sanders. Muerto.

CAPÍTULO V

Lenox lo miró. Fea cosa un negro muerto, y si es un negro viejo mucho más fea aún.

Sanders, voluminoso y ancho, había recibido un balazo en la tetilla izquierda y toda la habitación estaba perdida de sangre.

Cajas de tabaco de todas las procedencias se hallaban apiladas en viejas estanterías que parecían ir a hundirse cualquier día devoradas por la carcoma. Sanders había derribado varias cajas al caer, seguramente con la mano izquierda. Porque en la derecha empuñaba una «Browning» calibre pesado, provista de silenciador, que Lenox retiró cuidadosamente, sujetando el cañón con un pañuelo, para comprobar que faltaba una bala.

Buscó por la habitación y encontró el proyectil alojado en la pared, en un pequeño ángulo que dejaban sin cubrir las cajas. Trató de imaginar a Sanders de pie y en el ángulo de inclinación de la pistola, para reconstruir la escena. Llegó a la conclusión de que Sanders había tirado a la cabeza y de que su enemigo era un hombre alto. Por las huellas que se apreciaban sobre el polvo de la pieza, podía deducirse también que ese hombre alto se había vuelto de repente en un momento determinado hacia la dirección en que ahora se encontraba Sanders. Y como Sanders había recibido el tiro de frente, ¿no sería posible que hubiera sorprendido por la espalda a un intruso, y luego ese intruso se volvió y acabó con él de un solo balazo?

Había allí algunas señales de registro, aunque muy ligeras. No faltaba dinero ni nada de valor. Quien entró en la tienda lo hizo con un propósito que no era el de robar, sino el de enterarse de algo. Pero ¿de qué? ¿Y con qué objeto?

Aún seguía flotando allí el olor, aún se notaba en el ambiente aquel extraño aroma.

El federal descubrió en la trastienda, sobre un cenicero, los restos de un cigarrillo como los que ya conocía. Estaba apagado y a medio consumir. Seguramente no hacía ni media hora que lo

depositaron allí. Sanders tenía también todo el aspecto de un cadáver reciente, fresco.

Buscó huellas dactilares, aunque sin demasiada confianza. Señaló algunas zonas donde pudiera haberlas y luego telefoneó desde la tienda al Departamento de Homicidios de la Metropolitana.

—Sí, el crimen es reciente —dijo con voz calmada cuando hubo localizado a su amigo, el teniente Flanagan, de Homicidios—. Creo que os corresponde a vosotros. Ahí va la dirección.

Flanagan la apuntó.

—Gracias, Dave, por tu colaboración. ¿Hay huellas?

—Conviene que traigas a algunos técnicos. Creo que se podrá localizar en un par de sitios.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando Flanagan llegó en compañía de tres polizontes uniformados, el forense y un técnico en huellas. Encontró a Dave Lenox en un rincón, mirando el cadáver como si le obsesionara.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que este tipo era pariente tuyo?

—No. Y no me ocurre nada. Id a vuestro trabajo.

—¿Has comunicado el hallazgo al F.B.I., aunque sea por simple rutina?

—Mis superiores creen que estoy fuera de la ciudad. He desobedecido una orden, aunque eso parezca extraño. Algún día te lo explicaré, Flanagan.

Los de la Metropolitana se pusieron al trabajo y realizaron a conciencia el cometido que cada uno tenía asignado. El forense dijo que Sanders llevaba muerto menos de una hora. Flanagan determinó que el asesino debía ser un hombre alto y fuerte, que se volvió de repente, y el técnico en huellas determinó que había allí muchas, seguramente del muerto, pero que había encontrado otras que parecían distintas cerca de la puerta.

—No sé si podré hacer algo con ellas —dudó—. Son muy leves.

—Ponga el máximo interés —pidió Lenox—. El asunto es más importante de lo que parece.

—Venga a los laboratorios conmigo, si quiere.

Dave Lenox fue.

Se averiguó allí que todas las huellas obtenidas eran del negro excepto una muy leve —quizá uno de los guantes que llevaba el asesino se había descosido o roto— que pertenecía al pulgar y que

tal vez, ampliándola mucho, pudiera servir de algo.

—Es del máximo interés —repitió Dave—. La muerte de ese negro, de Sanders, no es un crimen vulgar. Podrían averiguarse una montaña de cosas si esa huella nos dijera algo.

—Haremos lo posible.

La huella fue ampliada y estudiada en sus menores detalles. Aunque no completaba un pulgar, era, sin embargo, muy característica. Algunas de sus líneas resultaban casi inconfundibles para un técnico.

—Obtendremos algo —dijo Flanagan—. Estoy seguro. Ahora pediré que se examinen los archivos de huellas del F.B.I. Tú no intervengas para nada, Dave.

—Ya te he dicho que mis jefes me creen fuera de la ciudad.

Eran las once cuando Flanagan pudo situar la huella en el F.B.I. y hacer que aquellos monumentales archivos de huellas —los mayores del mundo— se pusieran en movimiento.

Tan solo unos minutos después la huella que buscaban había sido encontrada entre millones de otras que pertenecían desde los altos dignatarios y cargos públicos de la nación a los más rastreros asesinos, violadores de mujeres o «gangsters» de los muelles. Con toda precisión, el archivo dio los datos.

—Estas huellas han sido clasificadas esta misma mañana —dijo la funcionarla—. Se encuentran aquí porque pertenecen a un súbdito norteamericano que ha vivido muchos años en Alemania, regresando luego al país. Como su punto habitual de residencia era el Berlín Oriental, se han clasificado las huellas por razones de seguridad.

—Pues solo al cabo de unas horas ese tipo ya nos da trabajo —gruñó Flanagan—. Deme sus datos.

—Nick Foresten. Hijo de Elena y Pat.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Natural?

—De Nueva York.

—¿Qué domicilio ha declarado?

—Calle Este, de Jersey City, prolongación. Yo conozco un poco aquello. El número 129, que es el que aquí señala, corresponde a una zona de casas aisladas.

—¿Qué profesión tiene ese tipo?

—Dibujante.

Flanagan se llevó una mano al ala del sombrero.

—Gracias.

Cuando salía del F.B.I. casi tropezó con dos agentes que corrían hacia un automóvil.

—¡Ni que ese Krüger fuera el personaje más importante de los Estados Unidos! —mascullaba uno.

Varios automóviles salían. Sin duda se trataba de alguna misión especial de protección. Flanagan se preguntó quién sería aquel Krüger que ponía en movimiento a todos los federales de la ciudad. Luego se encogió de hombros y regresó a la Metropolitana.

Dave Lenox estaba sentado ante una mesa, con los hombros hundidos y la mirada errabunda.

—Toma, este es tu tipo.

Dave leyó la ficha.

—Recién llegado de la Alemania oriental, ¿eh? Supongo que este asunto tendrá que pasar a los federales, pero antes ¿quieres hacerme un favor, Flanagan?

—Lo que sea.

—Envía a unos gorilas armados a estas señas y que averigüen lo que puedan. Ya supongo que el tipo no estará allí, pero desde luego el lugar ha de tener alguna relación con él. Otro hombre podría ir a las oficinas del Registro Civil, ya que el sujeto nació en Nueva York, y averiguar todo lo que haya allí inscrito sobre el mismo.

—O.K. Dave.

Cuatro polizontes fueron a Jersey City y el mismo Flanagan se encaminó a las oficinas del Registro Civil.

Los cuatro gorilas regresaron antes.

—No había nada allí, compañero. Es una casa aislada. A media milla hay un Motel y nadie se conoce en la vecindad. Pero lo que sí hemos podido averiguar es que esa casa lleva varios años cerrada.

—¿Sin acercarse nadie por ella?

—Si el que viene no lo hace de noche, por allí ¡ni plim! Los del Motel, que están todo el día fuera, no han visto jamás a nadie.

—¿No han descerrajado la puerta? Ya sé que hace falta una orden judicial, pero...

—La puerta se empujaba con un dedito, compañero. Estaba

medio comida por las ratas. Hemos entrado allí, y desde luego no hay síntomas de que aquello se haya pisado desde los tiempos de Sitting Bul!

Dave se encogió de hombros.

—Era de suponer que ese tipo habría dado una dirección falsa, pero aun así no entiendo lo de esa casa abandonada.

—Ni nosotros. ¿Ha regresado el teniente Flanagan?

—No. Y también es extraña. Su misión era bien sencilla.

Eran ya las doce. Las oficinas estaban cerrando, y la gente empezaba a asombrarse de que por las calles pasaran cada vez más tropas. Claro que eran las de las guarniciones cercanas, pero...

Al fin llegó Flanagan. Venía con la corbata desanudada, la frente bañada en sudor y la boca crispada en una especie de risa macabra.

—¿Has encontrado esos datos, Flanagan?

—Sí, y todo está correcto. Todo coincide.

—¡Ah! Vaya...

—Excepto un detalle.

—¿Cuál?

—Que ese hombre, Nick Forrester, hijo de Elena y Pat, de veintiocho años de edad, natural de Nueva York, dibujante... murió hace cuatro años.

CAPÍTULO VI

La mujer que después de la hora del cierre de las oficinas, a las doce y treinta minutos, entró en aquel departamento de la calle Veintidós Oeste, donde tenía instalados sus despachos la Compañía exportadora «Cambert», y se sentó en una de las butacas cruzando ceremoniosamente las piernas, era una de las bellezas del «Bikini's Center» y la última que había visto con vida al imbécil de Makae antes de que la mamba verde se liara a mordiscos con él.

En fin, era Rosemary Taylor, quien usaba aquel día su vestido más ligero y su maquillaje más perfecto.

Un hombre salió del despacho contiguo e invitó:

—Entra.

Rosemary entró. Le latía el corazón fuertemente, a pesar de los mil hombres que trataba y a pesar del cinismo y la frialdad que ello le había dado. Iba a conocer al fin al jefe supremo, a aquel de quien dependían la vida y la muerte, la fortuna y la pobreza. El que estaba en contacto con los «gangs» más importantes del puerto y dominaba un ejército tan numeroso y disciplinado que podía paralizar en veinticuatro horas la vida de la nación entera. El que había dispuesto la muerte de Makae, la muerte de un viejo llamado Kendall y la electrocución de un hombre llamado Nick Randall.

El jefe estaba sentado en una gran butaca de cuero cuando ella entró. Rosemary estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa.

—Pero... usted...

—Siéntese.

Ella se sentó. Junto al jefe estaba una mujer fina, delgada, elástica, que llevaba gafas de cristal delgado.

—Te corresponden diez mil dólares por lo de Makae. Eso y nuestra protección para que puedas actuar como «estrella» exclusiva en los locales de la costa del Pacífico que tú misma señales. Están controlados todos. A cambio de ello deberás salir de la ciudad antes de esta noche. Un porvenir fabuloso y deslumbrante se abre ante ti, muchacha.

—Pero mi compromiso con el «Bikini's Center»...

—Está cancelado. No debes preocuparte por eso.

Rosemary Taylor recogió el dinero que le entregaba el hombre. Era ambiciosa y le gustaba el ruido crujiente de los billetes nuevos, pero su orgullo iba mucho más allá que su ambición. ¡Ser «estrella» exclusiva allí donde quisiese! ¡Disponer del porvenir de todas las artistas de «cabaret» de la costa del Pacífico! ¡Poder vengarse, arrinconándolas, de todas las que la habían humillado algún día!

El dinero, nuevo y crujiente, pasó a su bolso.

—Y ahora —susurró el jefe sonriendo—, adiós... He querido conocerla. Sus servicios son inestimables.

El apretón de manos de aquel hombre valía montañas de dólares. Él podía hacer cosas que no podía hacer por sí solo el presidente de los Estados Unidos, como por ejemplo obligar a cerrar durante semanas enteras los muelles de Nueva York, los grandes almacenes o los teatros de Broadway...

Un hombre que tuviera fuerza en los Sindicatos —y aquel hombre la tenía, sin duda— podía hacer todo eso.

—Esta noche marcharé hacia el Oeste —declaró la bailarina con una sonrisa—. Desde Los Ángeles telegrafiaré el lugar donde quiero mi primera actuación.

—De acuerdo. No habrá dificultades.

Rosemary Taylor salió de las oficinas. «¡Vaya pantalla! —pensó—. ¡Compañía de exportación autorizada! ¿Quién podía sospechar de un lugar así?»

Estaba orgullosa de poseer lo que ella consideraba un importante secreto.

Y lo era.

Demasiado importante para ella.

Cuando subió a su automóvil y manipuló el encendido, una explosión alucinante hizo estremecer la calle, y un verdadero huracán de llamas envolvió el vehículo. Era la misma clase de muerte que había sufrido un secretario de Embajada que llegó en vuelo urgente desde Moscú. Bomba en el sistema de arranque. Un porvenir «deslumbrante» para la «estrella».

Rosemary Taylor tuvo la suerte de perder el conocimiento con la explosión y así no llegó a darse cuenta de que moría abrasada viva. Aquella antorcha espeluznante que salió despedida del automóvil y

que se consumió angustiosamente sobre la acera, ya no sufría.

Desde arriba, desde las ventanas correspondientes a las oficinas de las que la «estrella» acababa de salir, dos hombres y una mujer contemplaban el siniestro espectáculo.

El primer hombre y la mujer estaban en una ventana. Eran el jefe y la preciosidad de las gafas delgadas.

El segundo hombre se hallaba en una ventana distinta de las mismas oficinas. No era visible desde la otra. Ni el primer hombre ni la mujer sabían que estaba allí.

Caso de saberlo se hubieran estremecido.

Porque era un hombre muerto cuatro años atrás.

* * *

Tres individuos de los que se denominan «torpedos» en el argot del hampa, o sea, hombres de acción, estaban con el jefe, vigilando celosamente, mientras este miraba hacia la calle a través de la ventana.

El jefe se retiró.

—Todo ha salido perfecto. Nunca había visto una precisión tan grande con las bombas. Claro que el éxito solo es seguro si se conoce bien el modelo del coche.

—Por supuesto.

—Tuvo gracia lo de los billetes. Todos falsos...

Uno de los «torpedos» se parecía a «Cara de cereza», uno de los fundadores del Sindicato del Crimen, que llegó a dominar gran parte de los Estados Unidos. El hombre estaba orgulloso de su parecido, y para acentuarlo más procuraba que su cara siempre estuviese roja.

—Déjeme mirar, jefe —suplicó.

Abrió la ventana y sacó la cabeza. Miró también distraídamente hacia la ventana contigua.

Se dejó caer hacia atrás como si acabara de recibir un mazazo. Su cara estaba ahora espantosamente blanca.

—Está ahí, junto a nosotros... El muerto...

—Pero, ¿qué dices?

El jefe salió al vestíbulo a gran velocidad y empezó a descender por las escaleras como un loco, sin detenerse a reclamar el ascensor.

No quería estar allí de ningún modo cuando empezase la violencia. Fuese quien fuera el que estaba en la habitación contigua, significaba un peligro mortal para él.

Arriba, los tres «torpedos» se pusieron a actuar inmediatamente. Con las pistolas preparadas irrumpieron en el despacho contiguo, en el que también se podía entrar si se era muy hábil, por otra puerta exterior que estaba siempre cerrada.

Esta era, sin duda, la que había empleado el misterioso personaje que ahora estaba allí dentro.

Lo vieron bien, vieron sus ojos, sus manos enguantadas, su boca curvada en una mueca de desprecio. Vieron que era el muerto con tanta claridad como se veían a sí mismos todas las mañanas ante el espejo. El horror les inmovilizó un instante. Luego se lanzaron a la carga los tres.

Nada de disparos al principio. Sólo culatazos al cráneo y con el menor ruido posible. Los tres hombres estaban tan acostumbrados a esa clase de trabajo como un albañil lo está en levantar paredes. Antes de un segundo habían caído sobre el enemigo los tres a la vez.

El muerto se movió aún con más velocidad que ellos. Parecía dotado de un poder de ultratumba, de una facultad que consistía en evaporarse como los fantasmas. Cuando cayeron sobre él ya no estaba en el mismo sitio. Y su derecha, que empuñaba una «Luger», se había movido con diabólica rapidez.

La culata se aplastó sobre el cráneo de uno de los atacantes, que cayó de bruces como si lo hubiera fulminado un rayo. Los otros dos chocaron contra la pared.

—He matado a Sanders... —dijo el aparecido en un soplo.

Todos conocían la fuerza de Sanders y, sobre todo, su astucia. Tenía que ser un demonio quien lograra atraparlo.

Uno de los «torpedos» jadeó:

—Pues esto va por Sanders...

En su derecha había aparecido una navaja-estilete de grandes dimensiones. Dio con ella dos tajos al aire y lanzó una maldición. Una mano de hierro había sujetado su muñeca, retorciéndola con salvaje fuerza. Mientras el dolor le hacía arquear todo su cuerpo, gritó:

—¡Dispara, Bud, dispara!

Bud disparó, pero cuando ya su compañero venía proyectado encima de él. La bala se perdió en el vacío y el estilete se perdió por los aires.

Con una rapidez fantástica, el aparecido cambió de mano su «Luger» mientras se inclinaba. La derecha sujetó ahora el estilete y lo lanzó hacia adelante como una flecha. Bud, que iba a disparar de nuevo, lo recibió en pleno estómago.

Lanzó un estertor y cayó.

Los otros dos se hallaban ya en el suelo. Uno sin conocimiento, el otro con la muñeca rota. Este último intentó manejar la pistola otra vez, con la mano izquierda. Sonó un *flap* de la «Luger» y un botón encarnado apareció entre los ojos atónitos del granuja. Estaba ya muerto un segundo después, cuando su cabeza chocó contra el suelo.

Sólo un enemigo quedaba con vida, pero este ya no era peligroso. El aparecido retiró de la caja fuerte, empujada en la pared, los documentos que se encontraba robando cuando sonó la explosión, abajo, en la calle, y le hizo interrumpir su trabajo. Aquellos documentos podían enviar a la cárcel y a la silla eléctrica a docenas de personas que ocupaban puestos de influencia en Nueva York. Con una extraña sonrisa flotando en sus labios, el aparecido los guardó cuidadosamente en uno de los bolsillos de su gabán.

Cuando se retiró de allí parecía un hombre de negocios que sale calmadamente de su despacho.

Pero en un solo segundo pasó otra vez a la acción.

El tercer «gánster», el que había quedado sin conocimiento al principio, acababa de recuperarse y buscaba su pistola. Nick Forrester le propinó un brutal puntapié en el hombro y le hizo caer otra vez.

Pero el «gangster» parecía de goma.

Rebotó en el suelo, se puso en pie de un salto y arremetió contra su enemigo como un bólido, con la cabeza baja. Forrester no pudo esquivarle a tiempo, recibió el impacto y cayeron los dos.

Fuera, en los pasillos exteriores de la oficina, se oía un fenomenal tumulto. Daba la sensación de que toda la Policía de la ciudad iba a precipitarse en el despacho de un momento a otro.

Los dos adversarios rodaron por el suelo, estrechamente abrazados. Y de repente, el «torpedo» notó que el otro le agarraba la

cintura y le hundía la mandíbula en el pecho, apretando con una fuerza satánica. Tuvo la sensación de que la columna vertebral iba a partírsele y todo su cuerpo dibujó una trágica curva. Con un supremo esfuerzo, contorsionándose, se desasíó y dio un salto hacia atrás.

Sus pies chocaron contra la «Browning» que antes había tenido que lanzar al suelo.

Con un grito de triunfo la recogió, apuntando con ella. Muerto o no, el hombre que tenía enfrente entendería el lenguaje del plomo. Iba a disparar cuando el otro hizo un extraño zig-zag. Se movió como un fantasma, con una velocidad de pesadilla. La bala se incrustó en la pared. El «gangster» sintió que algo volvía a apretarle la cintura, que sus pies perdían contacto con tierra, que el mundo entero parecía vacilar...

Un ruido de cristales rotos. Tardó en comprender que estaba fuera, colgando del vacío...

La calle se llenó de un alarido desgarrador cuando el «gangster» cayó haciendo una trágica pirueta desde nueve pisos de altura.

Los policías estaban ya en el vestíbulo de aquella planta, con sus armas desenfundadas. Después de lo que habían oído y lo que habían visto, solo necesitaban distinguir cualquier sombra fugitiva para ponerse a disparar como locos contra ella.

El hombre que estaba encerrado allí, con dos muertos y una ventana rota por la que acababa de lanzar a un enemigo, no podía utilizar ni siquiera la escalera de incendios. La calle estaba acordonada y había en ella más policías que en una manifestación. Los del vestíbulo iban a entrar ya por la puerta, con sus armas preparadas.

Pero el hombre no se inmutó. Se introdujo en el lavabo, cerrando por dentro, saltó por la pequeña ventana y, utilizando en difícil equilibrio el cable del pararrayos, descendió al piso inferior. Todo esto en un patio interior del edificio, desde el cual no le veía nadie. Un solo policía asomado por cualquiera de las ventanas habría podido acabar con él, pero en ese momento todos estaban volando hacia el lugar donde poco antes habían sonado los disparos.

El piso inferior se hallaba lleno de gente. La confusión y el terror eran allí indescriptibles.

La mayoría de las empleadas de aquellos despachos eran mujeres, que corrían alocadamente de un lado para otro. Varios policías trataban vanamente de imponer orden. Casi empujaron hacia la salida al fugitivo, que caminaba tranquilamente con las manos en los bolsillos de su gabán.

—Vamos, no se detenga; circule.

Como era lógico, la salida estaba tomada. Todo el que pretendiera marchar del enorme edificio tenía que mostrar su documentación y dejar sus señas a los policías de la entrada.

Él lo hizo.

—Mi nombre es Forrester. Llegado al país esta mañana —dijo, mostrando el pasaporte con los visados de entrada.

—¿Qué hacía en el edificio?

—Pedir información en la Compañía de Seguros «Hudson», piso dieciocho.

El policía anotó sus señas y lo despidió con un gesto de cabeza.

El hombre salió tranquilamente a la calle, contempló el grupo de policías que rodeaban al «gangster» muerto y echó a andar hacia la parada de taxis que había dos esquinas más allá. Caminaba silenciosamente, como si flotara sobre la calle, como un muerto...

* * *

Dave Lenox llegó con el teniente Flanagan y otros miembros de la Brigada de Homicidios quince minutos más tarde.

—Tres cadáveres, señor —manifestó el sargento que estaba en la puerta—. Todos son conocidos como gente del hampa. Da la sensación de una pelea entre «gangs».

—¿Y el culpable?

—No ha podido ser encontrado, señor. Estamos registrando palmo a palmo todo el edificio.

—Tendrá las direcciones de los que han salido...

—Naturalmente, señor. No hemos podido bloquearlos a todos porque había centenares de personas en el edificio. Aquí está la relación.

—Mira si figura en ella un tipo llamado Nick Forrester —dijo sencillamente Lenox.

Flanagan miró.

—Está.

—¿Su dirección es la misma donde antes hemos buscado inútilmente?

—Sí. La misma.

—No podrás conseguir nada, Flanagan. Límitate a la rutina. Yo me voy.

—Pero, ¿por qué?

—No me gusta perseguir cadáveres.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el paso que entre la multitud habían logrado formar los policías. Apenas había terminado de salir a la zona libre de la calle cuando alguien le llamó:

—Lenox...

Lenox se volvió. Era Leipzig.

—¿Qué ocurre, Leipzig?

—Eso es lo que pregunto yo. Mi automóvil está detenido unas yardas más abajo porque no puede continuar. ¿Es que ha habido un bombardeo en ese edificio?

—Casi. Tendrá que dar un rodeo, Leipzig.

—Lo haré si no queda otro remedio. ¿Quiere que le lleve a algún sitio, Lenox?

—Si puede llevarme al F.B.I. se lo agradeceré. He de presentarme a mis superiores.

—Precisamente iba allí. Pero, ¿por qué ha de presentarse a sus superiores, Lenox? ¡Dice eso en un tono!... ¿Es que acaso tiene que encargarse de algo especial, de algo feo?

—Todo lo contrario. Insistirán en que tome unas vacaciones. Bueno, Leipzig, vamos allá. Y por cierto, ¿qué diablo tiene usted que hacer con los federales?

—Una cosa muy sencilla —susurró Leipzig—. Conocer a Krüger.

* * *

El automóvil negro llegó escoltado por otros dos en los que iban ocho federales especializados en misiones de protección. En la pequeña sala donde se habían reunido el general Masón, Edgar J. Hoover, el general Wolseley, Leipzig y otros dos técnicos en la defensa contra ataques atómicos, se hizo un repentino silencio.

—Van a llegar —anunció Masón.

Dave Lenox, quien ya había informado a sus jefes, entró en aquel momento en la sala.

Debía estar allí por si el jefe supremo necesitaba interrogarle también, pero le estaba terminantemente prohibido salir de los locales del F.B.I. bajo ningún concepto.

Se oyeron pasos en el corredor. Pasos de muchos hombres. De repente la puerta se abrió, tras unos discretos golpes en la hoja, y en el umbral aparecieron ocho federales y una mujer.

La mujer era pelirroja, y llevaba el cabello peinado con severidad, en una edad al mismo tiempo juvenil y pletórica. Sus ojos eran grises y no llevaba gafas. Los miró a todos superficialmente y avanzó sola hacia el centro de la estancia.

—Krüger —se presentó.

Hubo un murmullo muy leve de asombro. Sólo Hoover imaginaba la edad y el sexo del personaje a quién habían buscado, y solo él no se sorprendió. Los demás estaban tan asombrados que Leipzig tuvo que preguntar:

—¿Usted es el técnico en cohetes para la Defensa a cuyas órdenes hemos trabajado todos durante un año, sin conocerla?

—Yo soy Krüger, en efecto. Pero no se sorprendan tanto. Todo lo que sé lo debo a mi padre, que murió prisionero de los nazis.

Pareció relajarse la tensión unos instantes. Wolseley, tras un ligero carraspeo, anunció:

—Todos ustedes conocen la situación. Nuestra Embajada en Moscú nos informó hace muy poco tiempo acerca de extraños movimientos de tropas chinas y rusas en dirección a los puertos del Pacífico y el Estrecho de Bering. Al mismo tiempo se anunciaban en esa zona grandes concentraciones de bombarderos atómicos. Ante hechos tan concretos y tan graves, la única idea que enseguida afincó en las mentes de nuestros diplomáticos fue esta: se preparaba una agresión inminente contra nuestro país, la cual comenzaría con toda probabilidad por un bombardeo atómico de nuestras ciudades e instalaciones a través del Canadá y Alaska.

—¿Cómo cree eso posible? —preguntó Leipzig.

—Porque lo es. Todos hemos asistido a varios años de guerra fría que en cualquier momento podía transformarse en «guerra caliente» o, mejor aún, en «guerra atómica». Esa es la razón de que

estemos bien informados acerca de todos los movimientos importantes de tropas que tienen lugar en el mundo, incluso los de nuestros aliados. Y esas repentinas concentraciones en Asia no pueden tener más que un significado, sobre todo si se estudia con atención lo que ha sucedido después.

—Siga —pidió Hoover con cierta sequedad.

—Estos movimientos de tropas nos fueron señalados por nuestra Embajada en Moscú y por nuestros observadores en Pekín. Llamamos entonces para que informara a uno de nuestros secretarios de la Embajada en la capital soviética: Pontiac. Él sabía con exactitud lo que estaba ocurriendo en el otro hemisferio del mundo, y había de informarnos detalladamente. Pero todos ustedes saben lo que ocurrió con Pontiac: murió quemado vivo cuando acababa de aterrizar en el aeródromo de Laguardia.

—¿Qué supone con eso? Quiero decir: ¿Qué significado le da? —preguntó Hoover.

—Eso lo conoce usted mejor que yo.

—Puede. Pero me gusta oír la opinión de los otros.

—Sólo puedo darle un significado. Pontiac venía a traernos noticias importantísimas, definitivas, que significaban la vida o la muerte para el país. Agentes de un país extranjero que no pretendo nombrar convirtieron su cuerpo, antes de que hablara, en una pira funeraria. Eso solo puede tener un significado: lo que nos temíamos era cierto.

—¿Cree, por consiguiente, que se prepara un ataque atómico contra el país? —preguntó Leipzig.

—Sí, y ese ataque será de características muy especiales y definitivas. Será un ataque atómico. Siempre, desde que empezó a temerse una tercera guerra mundial, hemos dicho que el que diera el primer golpe tendría casi asegurada la destrucción del enemigo. Nos interesa que la Unión Soviética no dé el primer golpe, y para ello no hay otra solución que defendernos de un posible ataque atómico. Eso no nos corresponde a nosotros, los militares, ni a nuestros ejércitos. Corresponde por el momento a unos técnicos seleccionados y, sobre todo, a una persona: Krüger.

Todos los ojos se volvieron hacia la mujer.

—Es necesario que se intente montar, antes de esta noche, por lo menos para defender a Nueva York y Washington, unos torpedos

aéreos de los inventados por Krüger y cuyas plataformas de lanzamiento han sido ideadas por Lambert, quien también se encuentra en Nueva York desde anoche. Ni las plataformas ni los torpedos han sido probados más que una vez, pero sus resultados fueron extraordinarios. En estas circunstancias excepcionales, y disponiendo aún de unas dieciocho horas, creo que podemos montar, aparte los sistemas defensivos que ya poseemos, unas bases de lanzamiento para los cohetes inventados por Krüger. Si dan el mismo resultado que en el ensayo, puede asegurarse que ningún avión enemigo llegará a Nueva York ni a Washington. La bomba atómica no había sido probada prácticamente cuando se convirtió en un arma militar capaz de decidir las guerras. Yo confío en que los cohetes y las plataformas de que disponemos darán el mismo resultado extraordinario.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó Leipzig.

—Tengo la obligación de creer que nos encontramos al borde de un ataque atómico —contestó el general.

Todos se pusieron en pie, comprendiendo que había terminado la conferencia y no disponían de tiempo para perder.

—Espero órdenes concretas —dijo lacónicamente la mujer, mientras miraba al general Wolseley.

—Lambert está trabajando desde anoche en la instalación de las plataformas —contestó el general Masón—. Usted debe revisar los cohetes que tenemos reservados en un departamento secreto del Arsenal de la Marina. Si todo está conforme, las plataformas de lanzamiento deben estar preparadas para la acción esta misma noche.

—¿Dónde están instaladas las plataformas? —preguntó la mujer.

—El general Masón la conducirá a ellas —dijo Wolseley—. Por el momento, no puedo darle más detalles.

En calidad de técnico subalterno la acompañará Leipzig.

A Leipzig no le agradó mucho lo de «técnico subalterno», pero se encogió imperceptiblemente de hombros y siguió a la mujer.

EL grupo se deshizo en unos instantes. Dave Lenox quedó solo en compañía de Edgar J. Hoover.

—Parece ser que tiene usted razones especiales para permanecer en Nueva York —dijo el jefe de todos los federales al agente Lenox—. ¿Puede saberse qué busca usted en esta ciudad, Dave?

Y Dave respondió sencillamente:
—Voy tras las huellas de un muerto.

* * *

Tres cuerpos acababan de ingresar en la Morgue. Uno presentaba señales de haber muerto de un balazo, otro aún tenía un estilete clavado en el pecho y el tercero tenía el cuerpo completamente destrozado a causa de una caída.

Los tres «torpedos» que habían sido enviados contra el misterioso intruso de la «Compañía Exportadora Cambert».

Varios reporteros fueron enviados inmediatamente a la Morgue para obtener indicios y fotografías. Que un automóvil estalle en mitad de una calle y la mujer que lo conduzca se queme viva dentro, que un tipo salga disparado por la ventana de un rascacielos y que arriba se encuentren dos muertos más, eran demasiadas cosas para no haber despertado la atención de todos los periodistas de la ciudad. Y por eso la Morgue, aquella mañana había atraído más gente que una fiesta cinematográfica dada en la Quinta Avenida.

Los «flash» lanzaban su lívido destello sobre los muertos mientras los periodistas tomaban notas, entraban y volvían a salir para telefonar a sus diarios...

Esta era la situación cuando un hombre más entró en la Morgue y se encaminó poco a poco a las mesas donde reposaban los muertos.

Nadie se fijó en él. Debía tener pase, puesto que si lo contrario no se encontraría allí, pero en ese momento llamaban la atención los muertos y no los visitantes. No atrajo sobre sí una sola mirada.

Se acercó a los tres cadáveres y los fue examinando uno a uno con insólita atención.

Los tres tenían algo en común, algo que les hacía inconfundibles: expresión aterrorizada.

No era la expresión normal de los que ven acercarse la muerte. Era *algo más*, algo que el hombre vio en ellos y que supo que ya no olvidaría nunca.

Era insólito, era terrible, pero necesitaba empezar a creer en *aquello*.

Salíó de la Morgue, se introdujo en un teléfono público y marcó

el número de un local de Bowery.

Dio la contraseña convenida cuando le respondió una voz. Esa contraseña era Krüger.

—¿Nos necesita? —preguntó al cabo de unos instantes la voz del otro lado del cable.

—Cinco de vosotros tenéis trabajo para antes del mediodía. Trabajo discreto pero que, en último extremo, no debe fallar aunque se ponga en conmoción a la ciudad entera. Buscad en la guía telefónica a una mujer llamada Cintya Roberts que vive en la calle Dieciocho Oeste. No puedo recordar el número ni el piso, pero os será fácil averiguar esos datos. Matadla... y acribillad a balazos al hombre que encontraréis junto a ella.

CAPÍTULO VII

Cinco hombres bien vestidos salieron de un oscuro sótano de Bowery, montaron en un rutilante «Chevrolet» que les aguardaba junto a la acera y el que conducía puso rumbo a la calle Dieciocho Oeste.

Era el mismo momento en que Hoover, desde su despacho del Departamento de Justicia en Nueva York, ordenaba a todos los Departamentos por la línea secreta: «Vigilar a Dave Lenox y no le permitan salir del edificio. Tengo la seguridad de que conocía a Krüger...»

Los cinco pistoleros, entretanto, se dirigían a moderada velocidad, hacia el centro, para cometer un asesinato.

Llegaron a la calle indicada, aparcaron el vehículo y se repartieron entre varios cafés y establecimientos de los alrededores.

En cada uno de ellos hicieron un pequeño gasto y preguntaron por una mujer llamada Cintya Roberts.

Tuvieron suerte. Cinco minutos más tarde sabían ya que la muchacha vivía sola en el número 218, apartamento 33, y que precisamente la noche anterior, en Sing-Sing, habían electrocutado a su novio.

Los cinco pistoleros examinaron la topografía del edificio. Tenía dos entradas, escalera de incendios lateral, que daba a un callejón donde se hallaban los servicios, y su parte posterior daba a un solar donde se estaba derruyendo una casa vieja para construir otra.

Esta circunstancia le pareció extraordinariamente favorable a Lennan, que mandaba la cuadrilla.

—Tú, Pat, te quedarás con el portaaviones parado junto a la esquina. En cuanto oigas los primeros disparos arrancas y te sitúas en la parte trasera del edificio, junto a esas naves en construcción. Saldremos por allí, y como nadie habrá tenido tiempo de fijarse en el «Chevrolet», no nos detendrán. Observa que en el camino solo tienes luces de tráfico de precaución; no encontrarás una sola señal roja.

—De acuerdo.

Cuatro hombres con sus armas preparadas se encaminaron hacia el edificio mientras abajo quedaba uno con el motor del «Chevrolet» en marcha.

Todos habían leído los periódicos aquella mañana, puesto que no habían tenido ninguna otra cosa que hacer. A falta de algo mejor, las páginas centrales detallaban la ejecución de Sing-Sing. Y había varias fotografías del muerto... cuando todavía no había tenido el honor de convertirse en un difunto.

Subieron en el ascensor por separado y yendo a pisos distintos, pero se reunieron un minuto más tarde en el descansillo del apartamento 33. Lennan oprimió el timbre de la puerta.

Una mujer joven, extraordinariamente hermosa, vestida de luto, les abrió. Sus labios rojos hicieron un repentino mohín al verlos y trató de cerrar la puerta.

Lennan puso el zapato en el hueco, impidiéndolo.

—Atrás, conejita.

Cintya dio un paso hacia el centro de la habitación, intentó apoderarse de un atizador de la chimenea, única arma de que disponía, pero los cuatro hombres se le arrojaron encima.

Lennan la golpeó brutalmente, arrojándola sobre una butaca. Luego la levantó por los cabellos y la besó en la boca.

Ella no gritaba. Les miraba con unos ojos inmóviles, taladrantes, que llameaban de odio.

—Registrad las habitaciones —ordenó Lennan.

El apartamento era pequeño, pues solo constaba de dos piezas y un cuarto de baño. Nadie se ocultaba allí. Los pistoleros miraron incluso en la escalera de incendios. Luego regresaron junto a Lennan, que seguía sujetando a la mujer por los cabellos.

—Nada.

—¿No vive un hombre contigo, preciosa? —masculló Lennan.

—¿Qué hombre va a vivir? —jadeó Cintya—. ¿Por quién me habéis tomado, granujas?

—Tú tienes escondido aquí a un fulano. Y supongo que debe ser el que ha dado muerte a tres de nosotros hace poco, arrojando a uno de ellos por una ventana. Lo acabamos de oír por el último boletín de la radio.

—Pero, ¿qué locura es esa? —susurró Cintya—. ¿A quién voy a

ocultar yo sí... si el único hombre a quién quería está muerto?

—Razón de más, paloma —dijo socarronamente Lennan—. Así no estorba.

Cintya se revolvió, trató de liberarse con los pies, los dientes y las uñas, pero un solo golpe del hombre que estaba junto a ella la hizo quedar inmóvil sobre el butacón con los labios bañados en sangre.

—Preparaos para descender por la escalera de incendios— ordenó Lennan—. Yo me encargaré de esto.

—Pero, ¿y el tipo que tenía que estar aquí?

—¿Lo veis vosotros? —gruñó nerviosamente Lennan—. No voy a ponerme a disparar contra las paredes o contra los espejos. El jefe se dará por satisfecho si la exterminamos a ella.

Extrajo una «Smith» corta y apuntó con ella a la cabeza de la mujer, que le miraba desafiante, con los ojos muy abiertos, los labios curvados en una mueca de desprecio, las piernas cruzadas como si la muerte hubiera de llegar así con más comodidad. Lennan le envió un beso con los labios haciendo «chup», mientras levantaba un poco, más el cañón.

Ella musitó solamente:

—Marrano.

Lennan dijo:

—Deliciosa:

Y en aquel momento él, que había dicho que no podía tirar ni contra los espejos ni contra las paredes, reventó de un balazo la luna del tocador que tenía frente a sus ojos.

Porque en ella acababa de ver reflejarse la imagen de un hombre.

Un hombre vestido de negro.

Cintya, que lo tenía enfrente, lanzó un grito de horror y se desmayó mientras se tapaba frenéticamente la cara con las manos.

Y Lennan disparó otra vez.

* * *

Era mediodía y Nueva York se hallaba en pleno bullicio, estaba convertida en el hervidero humano que hace tan áspera la vida en ella. Además, Nueva York es una ciudad realista y donde queda

poco sitio para los fantasmas. De lo contrario Lennan habría lanzado también su grito de horror.

El hombre tenía en la mano una «Luger». Lennan se volvió, con las facciones crispadas, mientras hacía fuego otra vez. La bala se perdió y fue a clavarse en una de las paredes. El hombre dijo:

—Suerte, Lennan...

Y le clavó una bala entre los ojos.

Los otros tres pistoleros estaban ya en la escalera de incendios. Al oír los disparos de la «Smith» quisieron empezar a descender. Luego oyeron el de la «Luger» y se detuvieron en seco.

Aquel disparo no lo había hecho Lennan.

—Vamos.

Entraron de nuevo en el apartamento como caballos desbocados. Vieron a Lennan muerto, en el suelo, con la cabeza partida en dos. Vieron también, frente al cadáver, a un hombre vestido de negro.

Lanzaron un triple alarido y movieron sus armas en dirección al nuevo enemigo. Este hizo fuego con su «Luger» mientras daba un salto de costado en dirección a la ventana. Las balas aullaron en la habitación como perros rabiosos.

Dos de los «torpedos» cayeron al suelo, alcanzados mortalmente. El tercero, aunque con una rozadura junto a la clavícula, se lanzó en plancha contra el aparecido.

Lucharon sobre el alféizar, con medio cuerpo colgando en el vacío. Abajo, a unas cuarenta yardas, se veía la calle hirviendo de multitud. El pistolero jadeó, lanzando salvajes maldiciones. El propio terror que le había acometido le daba fuerzas, duplicaba sus energías. Pero de repente, al ver junto a él aquel rostro ¡aquel rostro que conocía tan bien! sus dedos sufrieron como una sacudida y aflojaron la presión. Luego, como en un desesperado frenesí, volvió otra vez a la carga. Pero ya era tarde.

Su alarido hizo estremecer la calle entera, cuando cayó sobre el asfalto desde una altura de más de cuarenta metros.

El hombre que había quedado arriba, en pie, el hombre vestido de negro, cerró un instante los ojos y pareció reflexionar. Reflexionó sin alegría mientras contaba los muertos. Cuatro aquí, tres en las oficinas de la Compañía Exportadora. ¡Y, sin embargo, aún eran pocos, porque la siniestra amenaza seguía en pie!

Guardó la «Luger» y corrió hacia la escalera de incendios. Había

venido a hablar con Cintya, encontrándose a los cuatro pistoleros en el departamento. Ahora ya no había tiempo para las palabras. Sólo necesitaba huir, estar libre para seguir con su misión suicida...

Salió al exterior y empezó a descender con una velocidad frenética.

Cintya, que acababa de recobrar el sentido en aquel mismo instante, le siguió.

* * *

El del «Chevrolet» había oído los disparos y se situó inmediatamente en la parte posterior de la casa. Miró el edificio en construcción, que era un escondite excelente, y contuvo una exclamación de horror.

No esperaba ver aquello. Entre las paredes a medio construir, entre las montañas de ladrillos, vigas prefabricadas y andamiajes, avanzaba hacia él un solo hombre. Un hombre a quien ya había visto antes... ¡en una determinada página de los periódicos de la mañana!

Sacó su revólver de la funda axilar e hizo fuego a través de la ventanilla. El hombre vestido de negro, que ya parecía esperar aquello, se había parapetado tras un muro. Su «Luger» hizo fuego también, mientras el automóvil arrancaba. Como a pocas yardas de allí, al otro lado de la casa, había un muerto en la calle, el centro de atención estaba desplazado y en el primer instante nadie se fijó en aquellos disparos. El «Chevrolet» dibujó una ese, buscando escapar de los nuevos balazos. Y de repente su conductor quedó quieto, rígido, y el motor se caló. Una bala acababa de penetrar por la sien izquierda del «gangster», atravesándole completamente el cráneo.

El hombre vestido de negro llegó corriendo hasta allí, abrió la portezuela, dio un tirón del conductor para arrojarlo a la calle y ocupó él el lugar del muerto.

Unos instantes después había desaparecido en dirección oeste, justo en el momento en que se oían a lo lejos las sirenas de un patrullero.

Cintya, corriendo por entre los andamiajes de la casa en construcción, se acercó a su automóvil, un «Ford» antiguo, modelo 1954, que estaba aparcado a poca distancia, y salió en persecución

del hombre que acababa de salvarla.

* * *

En aquellos momentos la consigna había llegado ya a todos los rincones del Departamento de Justicia: «Vigilen a Dave Lenox. Que no salga del edificio bajo ningún concepto».

Se sabía ya que algo muy grave iba a ocurrir en el país al cabo de pocas horas. Todos los agentes federales estaban movilizados, como ocurrió, por ejemplo, pocas horas después de que se declarase la guerra contra el Japón. No había especialista en defensa atómica que no estuviera en su puesto. Y una atmósfera de zozobra y de angustia iba envolviendo poco a poco todos aquellos hombres que nada sabían aún, pero que adivinaban la proximidad de uno de los más terribles acontecimientos del siglo.

Y en esos momentos Dave Lenox ya no pudo resistir más.

Sabía que estaba vigilado. Desde que vio a Krüger y le dirigió aquella mirada de odio, mirada que fue captada por Hoover, supo que todo lo que estaba sucediendo iba a suceder. Ahora él era un sospechoso.

Pero encontraría a aquella mujer de diabólico atractivo, a aquella mujer que se hacía llamar simplemente «Krüger» y le daría su merecido. ¡Dos años había estado esperando aquel momento!

Se encaminó hacia la biblioteca, que tenía ventanas a la planta baja del edificio. Uno de los agentes de servicio, un mastodonte llamado Zuller, le siguió sin disimulo.

Dave se acercó a una estantería cerca de la ventana y fingió buscar un volumen. Era ridículo aquello. Estar vigilado como un espía cualquiera... Sin embargo, era necesario desembarazarse de Zuller y salir cuanto antes de allí.

Si cojeaba al andar era por culpa de Krüger. ¡Krüger, que lo pagaría todo antes de que llegase la noche!

Zuller llegó junto a él.

—¿Qué buscas?

—Un tratado de Medicina Legal para completar un informe sobre venenos que estoy preparando. ¿Tienes un cigarrillo?

—Claro...

Zuller bajó un poco la cabeza, buscó en su bolsillo derecho... De

repente un soberbio gancho al mentón le hizo vacilar hacia atrás. Intentó apoyarse en las estanterías y recibió entonces un doble mazazo en la nuca.

—Pero Dave, estás arrest...

No pudo terminar la frase. Otro mazazo y cayó de bruces, sin sentido, junto a las patas de una mesa.

Todo había ocurrido en menos de un minuto. Dave Lenox suspiró, palpó en la funda axilar su «calibre 38», levantó la hoja de la ventana y salió tranquilamente a la calle. Un par de transeúntes de los escasos que pasaban a aquella hora se le quedaron mirando. Dave gritó, como si hablara con alguien que estaba dentro:

—Todos los resortes de la ventana fallan, Nick. Cualquiera puede saltar por aquí. Examínelos mientras compruebo los de la otra parte.

Avanzó unos pasos, se detuvo junto a la ventana contigua y simuló mirarla con gran atención. Los dos transeúntes que se habían fijado en él siguieron caminando.

Dave siguió la línea de toda aquella cara lateral del edificio, fue luego hacia una parada de taxis con toda la rapidez posible y subió al primero de la hilera.

—Pronto, a la calle Doce.

Sabía que en la calle Doce vivía Leipzig.

* * *

Leipzig hablaba por teléfono con el general Masón.

—Sí, mi general —decía—. Acabo de dejar a Krüger. Está examinando las plataformas junto con Lambert. Tienen que venir luego a buscarme para ir al Arsenal de la Marina y retirar algunos de los cohetes. Conforme hemos acordado, usted enviará para protegernos a un destacamento de la Policía Militar, ¿no es así?

—El destacamento ya ha salido. Llegará ahí dentro de diez o quince minutos. La Marina tiene orden de facilitar los camiones necesarios para el transporte de los cohetes.

—Comprendido, general.

—¡Ah, oiga, Leipzig! Otra cosa.

—¿Ocurre algo?

—Hemos llamado a otro de los secretarios de nuestra Embajada

en Moscú. Llegará esta noche en un «Boeing». Debe informar personalmente sobre si son fundados o no nuestros temores.

—¿Y por qué me dice eso, general? No pretenderá que vaya a recibirlo yo también. Aún estoy consternado por lo que sucedió con...

—Lo comprendo. Y no puedo pretender que se juegue tantas veces la vida, Leipzig. Si la otra vez no enviamos a personal diplomático fue precisamente para no llamar la atención de posibles espías. Usted podía pasar más inadvertido, había estado en Moscú hasta poco tiempo antes y conocía al emisario.

—Eso es cierto. Pero, ¿por qué me advierte entonces que va a llegar otro de los secretarios de nuestra Embajada en Moscú?

—Sencillamente para recordarle que las noticias sobre una guerra inminente aún necesitan confirmación. Estamos haciendo todo lo posible para evitar el pánico, para que la población civil no se deje llevar por los nervios. Y por si lo que tememos no fuera cierto, ustedes deben llamar la atención lo menos posible, ¿entiende? ¡Lo menos posible!

—De acuerdo, general. Lo tendré en cuenta.

Pensativamente, Leipzig colgó el teléfono.

Poco podía sospechar que en esos momentos se acercaba a su casa un agente del F.B.I. a quién sus propios compañeros estaban buscando.

* * *

El «Chevrolet» capturado a los pistoleros por el hombre vestido de negro rodaba a buena velocidad en dirección a Long Island.

Había allí una casa, situada en el rincón más apartado, en el extremo que mira a la desembocadura del estuario, que aquel hombre conocía bien.

Pese a que miraba frecuentemente por el retrovisor, no observó que un «Ford» modelo antiguo le venía siguiendo desde que salió de casa de Cintya. Y no lo observó porque su perseguidora era extremadamente hábil y frecuentemente cortaba camino para encontrarle de nuevo unas esquinas más allá. Desde que Cintya vio que el «Chevrolet» llevaba la dirección de Long Island, ya no tuvo la menor duda acerca del lugar adonde se dirigía el hombre vestido de

negro. Ella sabía que había ido varias veces a Long Island... en otros tiempos, antes de que todo aquello sucediera.

Y ahora, conociendo el camino, no le era difícil dejar de seguir a veces al «Chevrolet» y volver a encontrarlo un par de kilómetros más allá, en cualquier buena encrucijada.

El hombre vestido de negro detuvo el automóvil en un aparcamiento situado a unas quinientas yardas del punto de su destino. La tarde se había vuelto completamente gris y amenazaba lluvia. A poca distancia de allí el Hudson mugía sordamente, como un animal irritado.

Cuando llegaba cerca de su destino empezaron a caer algunas gruesas gotas.

«Pasaré pronto —pensó—. Los meteorólogos han vaticinado que habrá tiempo despejado en la ruta del Polo. Buena noche para un ataque atómico...»

La casa a la cual se dirigía estaba rodeada de un pequeño jardín y era baja, de solo dos pisos, con muchísimas jaulas de bien recortado alambre y flores en todas partes. Un cartel a la entrada decía:

CASA JAPONESA. FLORES Y PÁJAROS.
EJEMPLARES DE TODAS LAS RAZAS.

Y en efecto, había allí tantos pajarillos como en un bosque. Canarios seleccionados, cruzados entre sí, formando una maravillosa variedad de colores, piaban en sus jaulas. Las flores estaban tan exquisitamente cuidadas como en un delicado invernadero. Y muchas personas acudían allí diariamente para adquirir simientes de flores o comprar pájaros. «La Casa Japonesa» era un buen negocio, pero el hombre vestido de negro sabía que ese negocio era lo que menos importaba a los que vivían en ella.

Bajo la tierra de aquel jardín maravilloso que siempre se estaba removiendo y cuidando, debía haber con completa seguridad más de un hombre y más de una mujer sepultados.

El hombre vestido de negro se dirigió a otro que usaba un mono azul y espiaba dando de comer a los pájaros.

—Quisiera comprar unos canarios —susurró.

El del mono se volvió en redondo al oír su voz, y al verle abrió

la boca como si acabara de tragarse una pelota de tenis.

—Este es uno de los escasos lugares donde hemos logrado aclimatar canarios —susurró—. Son... muy caros.

—No importa.

—Los precios han subido desmesuradamente. Quizá será mejor que hable usted con la dueña, con *miss* Carolina Hebert.

—Será un placer.

El otro seguía con la boca abierta, y sin que pudiera evitarlo le temblaba la mandíbula inferior.

—Pase —indicó.

—Usted primero.

Pasó delante y se apoyó en el quicio antes de atravesar el umbral de la casa. Aunque quiso hacerlo con mucho disimulo, el hombre que iba detrás suyo se dio cuenta de que acababa de oprimir un timbre, el cual sonó en las profundidades del edificio. Pero no le importó; mejor si la alarma estaba dada. Sería más divertido.

Caminaron por un largo pasillo a cuyos lados había docenas y docenas de macetas con flores de invernadero. El hombre vestido de negro las conocía todas; hubiera podido ir repitiendo sus nombres una a una. Llegaron a otra puerta en la que nacían dos escaleras, unas descendentes y otras que iban al piso superior.

—Miss Hebert está en los sótanos —dijo el del mono azul.

—Claro, lo suponía.

Pasó el otro primero. Las escaleras eran angostas y parecían descender a una gran profundidad. De improviso el que iba delante giró con la rapidez de una peonza, llevando una pistola chata en la mano derecha.

El hombre vestido de negro esperaba que ocurriera aquello. De un momento a otro tenía que empezar el baile.

Sujetó la mano armada del otro cuando la pistola no había llegado aún a apuntarle, le retorció la muñeca y propinó por fin a su enemigo un rodillazo en el bajo vientre. No hubo ningún disparo. La torsión de la muñeca se hizo más brutal y la pistola terminó cayendo al fin blandamente sobre los peldaños.

—Si gritas te aso.

—No... no gritaré. Pero es inútil porque ya está dada la alarma.

—¿Crees que no lo supongo? Pero quiero que haya poco ruido,

hermano. Llévame ante ella.

El otro inclinó la cabeza y le precedió hasta terminar las escaleras. Abrió una puerta y luego otra.

Y fue al abrir la segunda cuando su cabeza saltó hecha pedazos.

CAPÍTULO VIII

El hombre vestido de negro no disparó contra él. No hubiera disparado nunca contra un hombre desarmado, y menos por la espalda. Los que le abrieron la cabeza de un balazo fueron dos tipos que estaban dentro de la habitación cuya puerta acababa de franquearse.

Entre esos dos hombres, sentada indolentemente en un butacón, con las piernas cruzadas, estaba una mujer bien vestida, alta, elástica, cubiertos los ojos por unas gafas de cristal delgado.

Esa mujer lanzó una imprecación en voz baja al ver que, por precipitación, sus dos pistoleros acababan de matar a un amigo en lugar de al tipo a quién tenían que apartar del mundo de los vivos.

El vestido de negro se pegó con la velocidad del rayo a un costado de la puerta mientras sostenía al muerto con el brazo izquierdo y sacaba una «Luger» con la mano derecha.

Varias balas más atravesaron la puerta, donde ahora no había nadie.

Aquel hombre sabía que los pistoleros, cuando se ponen nerviosos, disparan con rapidez unos segundos y luego se detienen a reflexionar si es que no han alcanzado a su víctima.

Cuando los disparos cesaron un instante, adivinó que los pistoleros reflexionaban.

Se movió entonces y pasó una vez frente al umbral, llevando por delante al muerto. Dos balas más se clavaron en la carne de este, mientras el de negro disparaba con su «Luger». Uno de los pistoleros pareció ir a avanzar, dio un traspié y cayó llevándose las manos a su camisa, donde comenzó a aparecer una mancha roja. El otro intentó protegerse tras la mujer, loco de terror, pero una bala le atravesó el cráneo de parte a parte antes de que lo consiguiera.

Luego se hizo en la habitación un espantoso silencio.

Y lo rompió la voz suave de la mujer.

—Pasa, Nick Randall, y entra con toda tranquilidad. ¿Qué tal la ejecución en Sing-Sing? ¿Divertida?

Nick Randall entró. La mujer seguía con las piernas cruzadas y había encendido un cigarrillo.

Aspiró el humo voluptuosamente mientras aquel hombre que había muerto la noche anterior se acercaba poco a poco a ella.

* * *

Leipzig preparó su cartera con planos y documentos, la cerró y tiró luego de uno de los cajones de su secreter, sacando una «Star» española de pequeño calibre. Recuerdo de uno de sus viajes y buen arma para defenderse. Un hombre como él necesitaba estar prevenido porque en el lugar más inesperado podía acecharle el peligro y...

La mano que le tapó la boca le hizo tragar saliva y lanzar un ronco estertor, mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Quieto, Leipzig.

Leipzig gruñó algo ininteligible con la boca tapada, creyendo que iban a acabar con él. Se arrugó suavemente, como un flan que se deshace, en manos del hombre que le había sorprendido por la espalda. Los dedos de este le despojaron suavemente de la «Star» y luego le soltaron para que pudiese dar la vuelta.

Leipzig quedó boquiabierto al ver que el que le había atacado no era sino Dave Lenox, un agente especial del F. B. I.

—Pero... —empezó a balbucir.

—Nada de preguntas, Leipzig. Soy yo quien las hago. Siéntese en esa butaca y dispóngase a darme una información.

Leipzig estaba sinceramente asustado. No le gustaba nada aquella mirada de Lenox. Se sentó.

—¿Qué le ocurre?



El del "Chevrolet" lanzó un grito e hizo fuego...

—Necesito saber dónde encontraré a Krüger.

—¿Para qué?

—Le repito que soy yo quien pregunta.

—¡Pero esto es una locura, Lenox! ¡A usted no le envía el F. B. I., porque de lo contrario sabría dónde está Krüger y no tendría que venir a preguntármelo! Viene porque tiene algo que ocultar, porque se ha transformado en un cochino espía! ¡Y si lo que quiere es eliminar a Krüger tendrá que matarme antes a mí, porque la vida de esa mujer es hoy de inmensa importancia para la defensa de nuestro país! ¡Sólo ella y Lambert podrían asegurarnos contra un ataque atómico!

Dave Lenox sonrió.

—No tema, no mataré a Krüger, a pesar del inmenso odio que siento por ella. Me limitaré a atravesarle la rodilla con una bala para que no pueda volver a andar normalmente en todo el resto de su vida!

—Pero ¿está loco, Dave?

—Jamás he estado tan cuerdo como hoy. Usted cree conocerme bien, ¿verdad, Leipzig? ¿No se ha fijado nunca en que arrastro ligeramente la pierna izquierda?

—Sí, pero...

—Claro, se ha fijado, como todo el mundo. Pero ¿qué le importa a usted? Dave Lenox, un agente especial del F. B. I., que debería estar en perfecta forma física, cojea ligeramente. Y lo que he tenido que luchar para que no me retiraran del servicio, las misiones peligrosísimas que he tenido que solicitar para demostrar que aún servía... ¡todo eso no lo sabe nadie, ni siquiera mis jefes! —Suspiró roncamente, como en un estertor—. Cierta vez me compadecí de un viejo llamado Phineas Kendall a quién habían retirado del servicio. ¿Y sabe por qué me compadecí? ¡Porque me vi como él! ¡Porque yo sabía que me iba a convertir en un guiñapo como él en cuanto fallara una misión por culpa de mí pierna herida!

—Bueno, pero... ¿qué tiene que ver eso con Krüger?

—Cuando esa mujer aún no había inventado nada importante, hace dos años, me enamoré de ella como un loco. ¡Por todos los infiernos, jamás he sentido una cosa como aquella! Estaba tan absorbido por su amor que cuando me pidió que probara un suero de su invención, un suero para vigorizar las articulaciones, lo hice.

¡Y desde entonces voy arrastrando esta rodilla como si fuera un baldado, un viejo! ¡Pero no soy nada de eso sino algo peor: un imbécil!

—Todos los que inventan algo se exponen a fracasar —dijo Leipzig.

—Pero ella se burló de mí. Nunca hubiese dicho nada caso de ser aquel un fracaso normal. Al contrario, creo que... hasta me habría sentido orgulloso. Pero ella me explicó más tarde, riendo, que sabía que iba a fracasar, y que se maravillaba de que pudiera existir un hombre tan crédulo e inocente como yo, con vocación de conejillo de Indias... Cuando salí del hospital, ella ya estaba trabajando en los cohetes, siguiendo las fórmulas de su padre, y toda la fuerza policíaca de los Estados Unidos le daba su protección. Desapareció y fue a vivir a un lugar secreto donde nadie pudiera descubrir las misteriosas actividades a que se dedicaba. Ni en el F. B. I. se sabía nada de su paradero, y solo algunos sabían que bajo el nombre de «Krüger» se ocultaba una mujer. Cuando la vi allí sentí un odio tan devorador que... ¡Pero basta de palabrería! ¡Dígame dónde puedo encontrarla, Leipzig! ¡Dígamelo o...!

—Sería un traidor si hablase.

—Puede elegir entre ser un traidor vivo o un héroe muerto, Leipzig.

—¿Sería capaz de...?

Dave extrajo suavemente, con dos dedos, su revólver calibre 38.

—Hable, Leipzig.

—Está en... un descampado que hay cerca del kilómetro 22, a la derecha, en la ruta nacional a Chicago. Hay allí un par de camiones y algunos hombres. Muy pocos.

—Mejor. Gracias, Leipzig.

Dave Lenox dio media vuelta y se dispuso a salir, pero en ese momento Leipzig se arrojó contra sus rodillas, para detenerle, con un vigor que nadie hubiera sospechado en él. Los dos hombres cayeron por tierra, pero Dave no se inmutó.

Dejó sin sentido a Leipzig de un culatazo en el cráneo.

Luego se puso en pie y salió de la casa.

La mujer, mientras veía acercarse a aquel joven atleta vestido de negro, volvió a exhalar otra bocanada de humo.

—Entra, Nick. Siéntate.

—De cara a la puerta, preciosa.

Ella cambió de butaca, dejando libre la suya para que él tomara asiento. A pesar de lo increíble, a pesar de lo pavoroso que para cualquiera hubiese sido todo aquello, no se alteró un solo músculo del hermoso rostro de la mujer.

—Yo estuve en tu ejecución, Nick.

—Un magnífico espectáculo.

—Te llamo Nick porque no sé tu verdadero nombre. Y resulta fastidioso, la verdad. ¿Cómo te llamas?

—Nick.

—Ese es el nombre del que murió. Tú eres su hermano gemelo. ¿Para qué tanta comedia?

—¿Su hermano gemelo, eh?

—Ignoraba que Nick tuviera un hermano así, pero no hay otra explicación. Hasta ahora no he visto a ningún muerto que resucitase.

Él le mostró abiertas las palmas de sus manos.

—Míralas.

Las mismas manos, que ella conocía tan bien... Aquel pequeño lunar en la muñeca izquierda. Un dedo ligeramente aplastado a causa de un accidente que ella misma presenció...

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Una atmósfera de pesadilla y de horror parecía haber envuelto a la mujer, antes tan fría.

Y aunque el hombre que tenía enfrente no infundía miedo ni mucho menos, aunque era un hombre joven, guapo, viril, con facciones nobles y recias, para aquella mujer fue como una aparición de ultratumba.

Pero aún no podía creer que fuese Nick Randall. Ella misma le había visto morir. ¡No podía ser Nick Randall! ¡No podía ser!

Tuvo un estremecimiento cuando él le apresó la mano derecha.

—No tengo ningún hermano gemelo —musitó él con voz firme—. ¿Entiendes? Ningún hermano gemelo. Yo soy Nick Randall, el mismo a quién viste morir. Y si no quieres que estos sean tus últimos momentos vas a decirme el nombre del que está por encima

de ti, el nombre de tu jefe.

La mujer entreabrió los labios para repetir maquinalmente:

—No puede ser...

—Lo comprenderás fácilmente si te digo que la corriente eléctrica no pasó por mí cuerpo.

—Pero ¿qué absurdo estás diciendo?

—La ejecución por corriente a alta tensión es la única forma de matar ante testigos que admite truco, querida.

—Pero no lo comprendo. Todos vimos como las luces descendían de intensidad, oímos que el médico decía...

—La corriente fue desconectada de la silla. Se produjo la descarga, pero esta encontró salida por los cables de alta tensión que salen de la cámara, sin atravesar mi cuerpo.

—¿Y el médico? Sus palabras...

—El médico estaba enterado de lo que iba a suceder, así como el alcaide de la prisión, naturalmente.

—Pero ¿por qué? Todo esto no tiene sentido. ¿Por qué? Jamás en la prisión de Sing-Sing había ocurrido una cosa así.

—Tienes razón: jamás. Yo soy el único hombre vivo que ha salido de la cámara de los muertos. Y eso por una poderosa razón: podía evitar un grave peligro al país y destruir en veinticuatro horas la banda de asesinos mejor organizada de la costa del Atlántico. Vosotros, preciosa...

—Sigo sin comprender. ¿Cuál es ese grave peligro?

—El de poner al país en pie de guerra y provocar una grave tensión mundial cuando el peligro de guerra no existe.

—No sé por qué me das tantas explicaciones, Nick pero ya que estás dispuesto a sacarme de todas las dudas explícame qué significa eso del peligro de guerra.

—Muy sencillo. Nuestra Embajada en Moscú envió una información altamente confidencial dando cuenta de grandes movimientos de tropas rusas y chinas y de una concentración de bombarderos atómicos cerca del Estrecho de Bering. Una de los secretarios había hecho una información urgente, llegando a la conclusión de que era muy cierto. Como es lógico, ese secretario fue llamado a los Estados Unidos para que llegase en el mayor secreto e informara personalmente al Gobierno.

—Me parece muy natural —dijo ella temblando

imperceptiblemente.

—Ese hombre llegó anoche y murió asesinado. Todo ello hizo creer al Gobierno que el peligro de guerra era inminente y que en las informaciones recibidas no había una sola palabra inexacta.

—Pero tú no creías lo mismo, ¿verdad?

—Yo recordé algo —musitó Nick—. Recordé una banda de espías internacionales que había actuado en Asia al mismo tiempo que en los Estados Unidos, y que había realizado pingües ganancias en Formosa. Su truco consistía en influir cerca de cualquier personaje oficial de categoría recalcando la inminencia de una invasión comunista cada vez que se disparaba un cañonazo contra la isla de Quemoy. Los Gobiernos que creen vivir al borde de un volcán son muy propensos a creer esas cosas. Con la alarma, con la movilización, esos espías podían hacer observaciones, apoderarse de secretos, raptar a determinados personajes...

—Muy bonita tu idea. Pero ¿qué hiciste con ella?

—A esa banda, a «vuestra» banda había pertenecido yo, cuando tú me engañaste con tus ojos inocentes y me dijiste que todo lo que hacía era trabajar para una oficina mundial de estadística que pagaba buenos sueldos. Durante mi proceso se supo algo sobre vuestra forma de trabajar. ¿Ya no lo recuerdas? El proceso en que acumulasteis pruebas contra mí para que me condenaran a muerte y poder huir todos vosotros...

—Lo recuerdo. Y fuiste un valiente, Nick. Aunque nos conocías no delataste a ninguno de nosotros.

—Porque jamás he sido un cochino chivato. Pero cuando se supo en el Estado Mayor lo de la probable guerra hubo un hombre inteligente, un general llamado Masón, que recordó todo aquello y empezó a hacer conjeturas. Por un lado todo aquello podía ser cierto, puesto que además todas aquellas personas que hubieran podido facilitar una buena información al Gobierno habían sido asesinadas. Por ejemplo, Makae, quien comunicó a su inmediato superior que iba a conseguir una gran información y murió aquella misma noche. Un federal, llamado Dave Lenox tenía que recibir a Lambert, técnico en defensa atómica relacionado con este asunto, y pidió ayuda a un hombre llamado Phineas Kendall, quien poco después moría asesinado también. Todo aparecía montado por los espías rusos para que se sembrara la confusión y no llegase ninguna

noticia cierta al Gobierno. Pero Masón pensó: ¿y si no hubiera espías rusos? ¿Y si la amenaza de guerra fuera un gigantesco «bluff»? Al fin y al cabo el secretario de Embajada pudo llegar a los EE. UU, para informar: de que todos aquellos rumores eran falsos, y fue asesinado «precisamente para eso». Los mismos que habían hecho varios ensayos en Formosa y en otros lugares de Asia podían hacer ahora una fantástica representación teatral en los EE. UU. «con algún fin que aún desconozco». Bastaba aprovechar unos movimientos generales de tropas como los que algunas veces deben tener lugar en Rusia y China, informar a un secretario de Embajada sobre tres o cuatro detalles falsos y dejar correr la cadena. Luego, cuando un emisario llegara desde Moscú para informar al Gobierno de que todo eran detalles infundados, se le asesinaba, lo mismo que a un agregado de Prensa a quién se había hecho creer poco antes, para que lo dijese a sus superiores, que estaba en el secreto de todo. Incluso tales procedimientos resultaban sencillos y baratos para una banda de espías bien organizada. Masón pensó en eso y vino a verme pocas horas antes de la ejecución.

—¿Qué le dijiste?

—Que creía que todo podía ser un «bluff».

—¿Y él te ofreció la libertad para que tú lo descubrieras?

—No podía ofrecerme nada. Lo único que hizo fue volar hasta Washington y exponer la situación. Y se le ordenó que respondiera a la comedia con la comedia, que organizara una farsa como nunca se había visto en la historia de Sing-Sing. De acuerdo con el verdugo y el alcaide, quien me informó de todo ello diez minutos antes de la ejecución, yo debía «morir» oficialmente y acto seguido dispondría de veinticuatro horas para descubrir la verdad. Ninguno de mis antiguos compañeros podría ya sospechar de mí. Si lograba un éxito se revisaría mi causa. Si no...

—Si no es posible que fueras ejecutado de verdad, ¿no es cierto, Nick?

—Así es. Y acepté el ofrecimiento.

—¿Porque eso podía salvarte la vida?

—No. Sé que sois poderosos y acabaréis liquidándome. Acepté para que fuera borrada de este país una plaga de granujas como vosotros, espías y asesinos sin conciencia que habéis hecho de la tirantez entre las grandes naciones el mayor negocio que podíais

soñar. Por eso acepté, ya que mi vida... no tiene demasiada importancia. Y ahora ha llegado el momento decisivo, muñeca. Sé que tienes hombres armados en la casa y que me acorralaréis, pero yo también sé repartir plomo y venderé cara mi vida. Por supuesto, antes de que me derriben caerás tú. Dime, si es que pretendes salvarte, con qué objeto ha sido montada toda esta farsa.

—Lo ignoro completamente. Yo solo recibo órdenes.

La mano derecha de Nick se crispó en el aire, muy cerca del rostro de la mujer.

—Lamentaría destrozar a golpes tu cara de muñeca, pero si es necesario lo haré.

—¿Y qué quieres que explique? Sabes de sobra que no nos conocemos entre nosotros. Ignoro quién es el jefe como lo ignoras tú. En nuestra banda, el que está en un escalón ignora quién es el ocupante del otro.

—Todos menos tú. Tú dirigiste durante mucho tiempo la organización y debes conocer al jefe. Por eso he sabido desde el principio que mi misión no iría por buen camino hasta que diese contigo.

—Es inútil, Nick Me conoces sobradamente. Te admiro en muchos sentidos y en otros me infundes miedo, pero no hablaré.

Nick tenía todos los nervios y todos los músculos en tensión. Se daba cuenta de que ella estaba demasiado serena, demasiado tranquila. No había duda de que algo se preparaba a su espalda.

Se puso en pie e hizo además de dirigirse a la mujer, como si fuese a hacerle otra pregunta.

Y con la velocidad de un relámpago se volvió, vomitando fuego contra la puerta disimulada que acababa de abrirse en una de las paredes.

Dos hombres habían aparecido en el umbral, los dos llevando metralletas «Thompson» listas para disparar. La ráfaga pasó inútilmente sobre la cabeza de Nick cuando este se lanzaba al suelo, y fue a picotear trágicamente en la pared del fondo. Su movimiento fue tan veloz que los dos hombres que creían sorprenderle fueron sorprendidos. Alcanzados en el corazón por los proyectiles mortales de Nick, soltaron las metralletas y cayeron a tierra sin exhalar un gemido.

La mujer intentó aprovechar la situación y correr hacia la

puerta. Nick la detuvo con un seco movimiento de su brazo.

Sus rostros quedaron muy cerca. Se miraron los dos, con extraña expresión, al fondo de los ojos.

Nick la besó y luego la arrojó de un empujón sobre la butaca que antes ocupara.

—Sentiría tener que matarte, muñeca —susurró—. Lo sentiría por lo bonita y por lo inteligente que eres. No me obligues a apretar el gatillo contra ti, hada.

Ella seguía mirándole con los labios entreabiertos. Quería perder tiempo. Quería... ¡que él cometiese la equivocación de besarla otra vez!

—Nick... —dijo.

—Voy a prevenirme contra otras sorpresas, muñeca. Ya ves que te dejo aquí en una libertad aparente, pero solo lo hago para que reflexiones. Si intentas salir de la casa tropezarás conmigo fatalmente y entonces... ¡Dispararé! ¡Tendré que deshacer a balazos tu cabeza a pesar de lo bonita que eres!

Salió de la habitación, ascendiendo por las escaleras. Estaba convencido de que aún continuaba en la casa el elemento más peligroso: Ripert, quien realizaba frecuentes viajes a África con el pretexto de buscar flores aclimatables y que en realidad había sido agente del Mau-Mau para convertirse ahora en un agitador dentro del Imperio marroquí. Ripert había traído a Nueva York aquellos ejemplares de mamba verde que mataron a Makae y a Kendall. ¡Si tenía alguna serpiente más y la dejaba suelta podía transformar aquella casa en un imperio de la muerte!

Pensando en esto no se dio cuenta de que una pequeña puerta lateral se abría tras él, en el pasillo, apenas hubo subido las escaleras.

* * *

La mujer retiró suavemente las gafas de sus ojos y los cerró un momento, abrumada.

Aquello podía significar el fin. Un imperio montado sobre la falsedad y el crimen, un imperio que había logrado poner en conmoción a los Estados Unidos, se hallaba a punto de desmoronarse por la acción de un solo hombre decidido a todo.

Intentó pensar en lo que debía hacer, pero su mente no estaba clara. Nick Randall, de todos modos, no saldría vivo de allí. Ripert se encontraba en la casa y se encargaría de terminar con él.

Abrió los ojos.

Ante ella estaba un hombre.

Un hombre a quién Nick Randall buscaba para vaciarle un cargador entero en la cabeza.

El jefe.

* * *

Nick avanzó por el pasillo con infinitas precauciones. Sabía que Ripert era astuto y escurridizo y que estaba acostumbrado a las trampas mortales de la selva.

En su derecha temblaba la «Luger».

Ripert emplearía también una mamba verde para acabar con él. Se hallaba seguro. Y las serpientes son siempre más listas y más traidoras que los hombres...

Pero, ¿dónde estaba la serpiente? ¿Dónde infiernos se había escondido aquel maldito Ripert?

Poco podía sospechar Nick Randall que la mamba verde estaba justamente encima de su cabeza.

* * *

La mujer volvió a colocar suavemente las gafas sobre sus ojos que no estaban acostumbrados a mirar sin ellas.

—Celebro que haya venido —susurró—. Jamás he necesitado tanto como ahora la presencia de un hombre.

—¿Por qué? ¿Y qué significan esos muertos?

—Nick Randall está en la casa.

El jefe se mordió los labios con un gesto casi imperceptible, pero que fue una señal de alarma para la mujer.

—Sí, sí, te creo. Al entrar por la puerta lateral casi he acertado a ver aún la espalda de Randall. No he disparado contra él porque el blanco era difícil, pero creo que le he reconocido. Nick Randall, el muerto...

Sus ojos estaban diabólicamente fijos en los ojos de la mujer.

—¿De qué habéis hablado?

—Su ejecución fue una farsa. Dispone de veinticuatro horas para averiguar lo que haya de cierto sobre los rumores de guerra, y creo que ha adivinado toda la verdad. Incluso tengo la sensación de que sospecha que todo esto lo hemos organizado para hacer salir a Krüger de su escondrijo y raptarle. ¡Krüger, el falso nombre de una mujer que vale millones de dólares!

—No tantos como tú, muñeca.

Los ojos del hombre seguían posados en ella. Unos ojos fríos, indiferentes, pastosos...

—¿Es que no me cree?

—Naturalmente que sí. ¿Y... no te ha preguntado Randall sobre mi identidad? ¿No ha querido saber quién era vuestro jefe?

—Naturalmente. Sólo ha venido para eso.

—¿Y...?

—No he dicho una palabra. Se lo juro; él no sabe absolutamente nada. ¡No sabe absolutamente nada!

A los ojos crueles del hombre se unió también una sonrisa cruel.

—Muy bien, en tal caso no temas. Una criatura tan maravillosa como tú...

Se estremecieron brutalmente todos los músculos en la cara de la mujer.

—¡No he dicho nada! ¡Él ignora completamente a quién tiene que perseguir! ¡Déjeme salir de aquí: Dejem... mmmmm...!

Las balas, disparadas con silenciador, picotearon en su figura antes de que ella misma se diera cuenta. Repentinamente sus piernas fallaron, se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas frente al hombre.

Este hizo un disparo más y le atravesó el cráneo.

En sus labios seguía flotando una sonrisa cruel.

—Descansa... —susurró.

Y añadió enseguida:

—...muñeca.

* * *

Sí, una mamba verde como las que habían matado a Kendall y a Makae estaba sobre la cabeza de Nick Randall. Pero este no lo

sabía.

El pasillo por el que avanzaba tenía cuatro lámparas sujetas al techo. Todas grandes, iguales y de cristal oscuro.

La mamba estaba en la tercera de ellas, colocada del siguiente modo:



Ripert la había colocado allí momentos antes. Bastaría hacer un disparo bien colocado, un disparo que solo rompiese el cristal para que la mamba cayera como una exhalación sobre la cabeza de su víctima.

Ningún hombre podría escapar de una trampa así.

Los ojos de Nick Randall se posaron en un jarrón situado a un costado del pasillo. La mamba podía estar allí... Y si alguien disparaba contra aquel jarrón cubierto con una tapa de porcelana, el reptil saldría.

Nick preparó su pistola.

Detrás de él, Ripert, quién era lo bastante cobarde para no atreverse a disparar contra un hombre aunque este estuviera de espaldas, lo confió todo al trabajo siniestro de la serpiente.

Apuntó cuidadosamente a la lámpara, con una pistola de pequeño calibre, e hizo fuego.

CAPÍTULO IX

El automóvil era un modelo «sport» ultrarrápido, e iba a toda la velocidad que permitían los reglamentos de policía. Había tomado la ruta del noroeste, en dirección a Chicago, y dentro de ese automóvil iban cuatro hombres.

El que conducía acababa de salir del perímetro de Long Island después de asesinar a una mujer para que no le delatase. Los otros tres eran carne de cañón comprada en el «mercado», delincuentes empedernidos que se alquilaban para misiones de sangre sin saber exactamente qué era lo que tenían que hacer. Tipos que servían para apretar el gatillo sin piedad en cuanto se les ponía en la mano un puñado de monedas.

La policía federal hubiera dado muchos miles de dólares colectados entre sus miembros por poder capturar al cuarteto que iba en aquel coche.

Pero ahora nadie cortaba su camino. El conductor cuidaba mucho de no forzar en exceso la velocidad allí donde sabía que podía haber Policía de Tráfico. Le interesaba llegar con seguridad a un pequeño grupo de hombres y de vehículos que estaban a un lado de la carretera en misión altamente secreta.

En el cruce que ya estaba convenido se encontró con una camioneta ligera que llevaba el anuncio de una lavandería. Los dos vehículos siguieron a partir de entonces uno detrás de otro. En la camioneta ligera iban cinco tipos del hampa más, armados de metralletas.

Y todo aquello se había organizado para raptar a una mujer.

El que conducía el automóvil «sport» iba sonriendo mientras recordaba todo el plan.

La grandiosa farsa que había puesto en movimiento a todo un poderoso Estado Mayor había sido ideada con el solo objeto de raptar a «Krüger». Porque «Krüger» significaba algo más que una mujer. Significaba toda la experiencia de su padre, muerto por los nazis. Representaba poseer los más complicados secretos del mundo

sobre proyectiles teledirigidos. Cualquier gran potencia mundial, con excepción tal vez de Inglaterra, y sobre todo las potencias del bloque oriental, pagarían cualquier cifra, por fabulosa que fuese, con tal de saber lo que sabía el cerebro de Krüger.

Para descubrir los secretos que ese cerebro conocía hubieran hecho falta meses y meses de paciente investigación por parte de hombres especializados —pues se ignoraba el lugar de trabajo de Krüger—, hubiera hecho falta correr mil riesgos, enfrentarse con la policía federal y exponerse a perderlo todo con cada nuevo día que empezase. Ahora, en cambio, los espías no habían tenido más que provocar el pánico en una nación superpreparada para la guerra. Krüger había tenido que salir de su escondite, con el fin de preparar la defensa atómica, y ahora estaba en un descampado a poca distancia de Nueva York, protegida tan solo por unos pocos hombres y a punto para ser raptada por la banda de espías más audaz que jamás había operado en territorio de los Estados Unidos.

El jefe sonreía mientras encaminaba su automóvil hacia el lugar señalado.

Ya nada podía fallar.

Vio de pronto el grupo de camiones y de hombres, al tomar una curva.

—Vamos a detenernos aquí, detrás de esta pequeña colina —ordenó—. Actuaremos inmediatamente. Las órdenes son exterminar a todos los hombres y dejar viva a la única mujer que se encuentra entre ellos.

Mientras descendía del coche aconsejó:

—Revisad los cargadores de vuestras metralletas.

* * *

El disparo retumbó como un cañonazo en el silencio del pasillo. La bala silbó sobre la cabeza de Randall y rompió el cristal de la lámpara que este tenía encima.

Randall hizo entonces lo contrario de lo que tenía que hacer: Se volvió en la dirección en que acababa de sonar el disparo.

La serpiente, liberada de su encierro de cristal saltó silbando sobre su cabeza.

Randall sintió aquel contacto asqueroso en su cuello, en su cara.

Lanzó un grito y entonces sintió junto a la garganta la terrible mordedura de la mamba. Fue una sensación tan terrible, tan repugnante, tan brutal como no lo había sentido jamás. Otra vez lanzó un grito mientras la serpiente se le enroscaba al cuello. Ripert, al fondo del pasillo, preparó la pistola para rematarle.

Nick no tenía fuerzas para levantar su brazo derecho. Un instante más y habría terminado todo.

Ripert comenzó a apretar el gatillo y...

En ese instante sonó un disparo.

Dos, tres disparos. Una salvaje canción de pólvora y de muerte.

Ripert se estremeció al ser cazado por el plomo la primera vez. Luego cada nuevo impacto fue marcado por un calambre de su cuerpo. Las balas le penetraron bajo el omoplato izquierdo, en la nuca y en el occipital derecho. Su cabeza voló hecha pedazos.

Tras él, al caer, apareció una mujer joven, vestida de luto, con una pistola calibre pesado en la mano derecha.

¡Cintya!

La mamba verde saltó como impulsada por un resorte. Silbando, enroscados sus duros anillos, se contrajo y distendió como un látigo en dirección a la muchacha. Esta hizo fuego una vez, fallando. Nick Randall oprimió dos veces el gatillo de su «Luger». La cabeza de la serpiente se convirtió en una pulpa gris que ensució las paredes.

Nick se apoyó en una de ellas. Sentía que el veneno iba a penetrar en su sangre, se daba cuenta de que dentro de unos segundos sería ya demasiado tarde para todo. Tuvo como una especie de vértigo cuando Cintya empezó a beber desesperadamente la sangre que manaba de su cuello.

Le fallaron las fuerzas. Los dos rodaron por el suelo.

Nick lo veía todo como entre brumas, pero se daba cuenta de que estaba junto a Cintya, la única mujer a la que amó, la única que lo hubiera dado todo por él porque él lo era todo en su vida.

—Te he seguido porque imaginaba esto, Nick. ¡Pero, Dios mío, dime algo! ¡Dime al menos que deseas vivir, Nick!

Sus labios se contrajeron en una mueca amarga.

—¡Nick!

Él no contestó. Cintya, mientras seguía bebiendo la sangre envenenada, comenzó a llorar como una niña.

La mujer a la que los servicios secretos norteamericanos conocían tan solo por su apellido, Krüger, observó cómo eran colocadas las plataformas de lanzamiento, hizo varios rápidos cálculos y dio media vuelta para dirigirse a uno de los camiones, donde se guardaba todo el material de medición de distancias.

Le esperaba un trabajo agotador hasta que llegase la noche. Pero si lograba montar unas cuantas rampas con el material que ya estaba preparado, y disponer para el tiro algunos cohetes, quedaría cubierta contra ataques atómicos toda aquella zona del país.

Entró en el camión, cuya caja era como una gran habitación cerrada. Dentro reinaba una espesa penumbra.

Fue a dar la luz que estaba conectada a las baterías y en ese momento una mano cayó sobre su boca tapándola brutalmente.

CAPÍTULO X

Ella consiguió volverse a medias, mientras un gemido era estrangulado en su garganta.

Varias veces había estado a punto de ser raptada y creyó que ahora iban a intentarlo de nuevo, pero cuando vio tras ella aquel rostro joven, aquellas facciones viriles y recias, se convenció de que estaba expuesta no a que la raptasen, sino a que la asesinaran.

Porque el hombre que la había estado acechando hasta verla entrar en el camión era Dave Lenox, el agente federal de quien se burló y cuya vida estuvo a punto de destrozarse por un desgraciado experimento...

—¡Dave! —gritó cuando él aflojó la presión de sus dedos—. Estás loco. ¡Loco!

—Al contrario —susurró él—. Es ahora cuando mi locura desapareció. ¡He pasado tanto tiempo buscándote para vengarme de ti! ¡Tanto tiempo! ¿O crees que yo perdono a las hienas como tú?

—Fue una desgracia, Dave. Te lo juro. Yo no pensaba...

—Tú siempre has considerado a los seres humanos como conejillos para tus experimentos. Pero algún día tenías que encontrarte con el reverso de la moneda. Te he odiado durante días y noches interminables desde que aquello ocurrió. Y ahora que estás en mi poder no voy a asesinarte porque eso sería hacer más de lo que tú me hiciste. Pero seré justo, endiabladamente justo. Voy a disparar contra una de tus bonitas rodillas...

Ella se desasíó, intentando huir, y chocó contra la caja metálica del camión, que resonó como una losa de bronce en una tumba.

—¡No podrás! ¡No lo conseguirás! ¡Noooo...!

Dave ya tenía un revólver en la mano.

Y en ese instante alguien disparó contra él por la espalda.

¡Bang!

Un solo disparo, pero recto a la columna vertebral. Una bala cruel y certera. El jefe lanzó tras él, al verlo caer, una risita silenciosa.

—¡Ocúltate! —gritó Dave a la muchacha—. ¡Vienen por ti!

Tres hombres más habían entrado en el camión. Fuera, resonaban gritos y ladraban las ráfagas de las metralletas.

El pequeño grupo de técnicos y policías había sido completamente cazado en la trampa.

Todos iban cayendo como liebres bajo el fuego de las metralletas, mientras que en aquel camión sumido en penumbra solo un hombre podía defender aún a Lorena Krüger. ¡Dave Lenox, con una bala junto a la columna vertebral!

Olvidando su odio, olvidando todo lo que no fuera su deber, Dave gritó mientras caía de rodillas.

—¡Cúbrete! ¡Colócate detrás de mí ¡Yo te defenderé! ¡Cuidado!

Otra bala penetró en su cuerpo, ahora en el pecho, y una angustiada bocanada de sangre salió de entre sus labios.

El jefe apuntó a la muchacha.

—Toda esta farsa la hemos montado por ti, Lorena Krüger. Tú eres la reina de la fiesta. Muchos hombres han muerto para que llegara este instante, y ahora no voy a dejarte escapar. Acércate.

Ella lo hizo, con los ojos entrecerrados y con las manos en alto.

El jefe sujetó entonces la pistola con el cañón y la levantó para aplastar la culata sobre el cráneo de la mujer.

Fuera continuaba el tiroteo.

«Cuánto tardan en eliminar a esos desdichados», pensó.

Apretó los dientes para golpear con más fuerza.

Y en aquel instante una voz dijo tras él:

—No pierdas el tiempo golpeándola. Reza antes de morir, Leipzig.

* * *

Leipzig se volvió, lanzando un grito. Sus dos pistoleros se volvieron también. Nick Randall apretó dos veces el gatillo y dos cabezas saltaron hechas pedazos.

Leipzig, babeando aterrorizado, empezó a retroceder.

—No busques salidas, no te queda ningún hombre —susurró Nick Randall—. Todos han sido cazados por sorpresa y han muerto. Si decides ser prudente y soltar ese arma, te llevaré detenido al Departamento de Justicia. Si no es así sentiré tener que acabar con

una inteligencia tan poderosa como la tuya, Leipzig.

—Pero, ¿cómo... has sabido?

—¿Cómo? Hay muchos detalles, Leipzig. Tu viaje a Moscú, donde pudiste influir poderosamente sobre el secretario de Embajada que dio la falsa noticia de una guerra que no va a estallar; el hecho de que las bombas siempre fueron colocadas en automóviles que tú conocías; el hecho de salvarte tan milagrosamente cuando Pontiac fue quemado vivo... Demasiadas coincidencias, Leipzig. Tantas que casi estaba seguro de que iba a encontrarte aquí, pero necesitaba comprobarlo. Toda esta gigantesca farsa ha sido montada con el exclusivo objeto de sacar a Krüger de su escondrijo y poder raptarla. Supongo que ya sabréis a qué país se la puede trasladar e incluso habréis cobrado una parte anticipada del precio. Pero nosotros también montamos una buena farsa, amigo: la de mí ejecución. Se me puso luego en libertad, se me otorgó la falsa personalidad de un hombre llamado Nick Forrester, muerto cuatro años antes, y se me concedió un pasaporte con visados de la Alemania Oriental para que pudiera justificarse mi estancia en el país y mis movimientos en una ciudad donde con ese nombre ya nadie me conocería. Huellas sacadas de un viejo pasaporte del muerto figuraban en el mío. Yo era el único que podía desarticular vuestra banda en pocas horas, Leipzig, porque había pertenecido a ella... aunque sin conocerte a ti, el jefe supremo. ¡Vamos, acércate! ¡Las manos en alto!

Leipzig las alzó. Sus ojillos brillaron cuando se dio cuenta de que a su enemigo le pasaba algo, de que solo se sostenía en pie por puro milagro. Rechinó los dientes cuando le lanzaba la pistola a la cara. Nick Randall recibió el impacto y vaciló unos segundos. Fue bastante para que Leipzig se arrojara sobre él y rodasen los dos por tierra.

Nick Randall había llegado al límite de sus fuerzas. A pesar de haber absorbido Cintya todo el veneno, apenas podía tenerse en pie. Jadeó, desfallecido, al sentir sobre él el peso de Leipzig. Este le golpeó salvajemente en el cuello, se puso en pie y sujetó febrilmente la «Luger».

—¡Nooo!... —gritó Krüger, la mujer.

Leipzig apuntó contra un enemigo que ya no podía defenderse. Chirriaron sus dientes y apretó el gatillo.

La bala se clavó en la carrocería metálica del camión, mientras Leipzig se estremecía. Uno, dos, tres balazos. Dave Lenox, desde el suelo, tiraba contra él a matar, con los dientes apretados. Todavía, cuando lo vio caer, le atravesó la cabeza con sus dos últimas balas de su pistola.

Luego hizo un saludo a Nick, que se inclinaba sobre él.

—Ahora lo comprendo todo... Mis superiores no me permitían salir... porque yo te había enviado a la silla y temían que te vengases... Comprendo lo del tabaco ruso, que era como una señal de tú presencia... Pero estoy contento de que tú vivas en lugar mío, muchacho... Muy... contento...

Lanzó, por los labios una última y angustiosa bocanada de sangre.

—Suerte... —balbució.

Nick Randall sintió algo muy extraño en la garganta, como una pena sorda, incontenible, y le cerró lentamente los ojos.

Luego se puso en pie.

A la portezuela del camión estaban Cintya, varios oficiales y los generales Wolseley y Mason.

Cintya se abalanzó llorando a sus brazos.

—Buen trabajo —susurró Masón.

Contempló a los muertos, echó una ojeada a las plataformas y a los cohetes que ya no servirían y añadió:

—La guerra que nunca empezó ha terminado ya. Suerte, Randall...

Era la misma frase del muerto. Pero esta no sonaba como una despedida, sino como un maravilloso canto de fe.

FIN

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

632 — Armando Sandoval
SI CERRAMOS LOS OJOS...

COLEC. "MADREPERLA"

528 — M.^a Dolores Acevedo
LA GRAN SONIA

COLECCION "ROSAURA"

472 — M.^a del Pilar Carré
EL PARIENTE POBRE

COLECCION "AMAPOLA"

359 — Rosa Alcázar
UN MUNDO PARA TI

COLECCION "ALONDRA"

311 — Isabel Salueña
SIMBOLO DE AMOR

COLECCION "CAMELIA"

253 — Lucila Matalx
COMPLETAMENTE TUYA

COLECCION "ORQUIDEA"

222 — Trini de Figueroa
ESPEJISMO

COLECCION "CORAL"

103 — Corín Tellado
TUYO ES MI CORAZON

COLECCION "BISONTE"

573 — George H. White
AQUI SOBRA UNO

COL. "SERVICIO SECRETO"

437 — Silver Kane
LA GUERRA EMPIEZA
ESTA NOCHE

COLECCION "BUFALO"

270 — Kent Wilson
RANCHO CONDENADO

COLECCION "CALIFORNIA"

117 — M. L. Estefanía
CIEN DOLARES POR UNA
CAJA

COLECCION "TEXAS"

138 — Donald Curtis
LOS FURIOSOS

COLECCION "COLORADO"

62 — Joe Sheridan
EL DESQUITE DE BILLY
MORGAN

COLECCION "KANSAS"

28 — A. Rolcest
TIERRA DE SANGRE

Col. "HEROES DEL OESTE"

10 — M. L. Estefanía
EL PENDENCIERO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2 - Barcelona 1-1 Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires.

En un mundo más complejo cada día...

U S T E D

necesita aumentar:

La capacidad intelectual.

Su rendimiento en el trabajo.

Su resistencia en todos los aspectos...

...para esto, precisa emprender cada jornada,
alegre, bien dispuesto y... DESCANSADO

COLECCION IBIS

le ofrece un libro interesantísimo titulado:

El arte de descansar

por

HERMAN S. SCHWARTZ

el cual le enseñará, no solamente el modo de
descansar durante el sueño, sino en cualquier
momento de sus actividades habituales

¡No olvide este título!

EL ARTE DE DESCANSAR

Precio: 65'— ptas.

Un nuevo éxito de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

NO SERAS UN EXTRAÑO

¡La obra cumbre de

MORTON THOMPSON

avalada por el éxito rotundo que, traducida a 21 idiomas, sigue obteniendo en el mundo entero!

No serás un extraño

¡la obra que ha obtenido una acogida sin precedentes entre los lectores de todos los países!

**¡ADQUIERALA AHORA EN SU
5.ª EDICION!**

¡No deje que se agoten de nuevo!

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Luke Parker prefirió que le acribillaran a tiros, antes que morir de un modo humillante por un crimen que no había cometido... y cuando inició la fuga, ayudado por su hermano, vió que ante ellos estaba el "sheriff" con cuarenta hombres armados hasta los dientes...



Había dado comienzo el...

DIA VIOLENTO

Así ha titulado uno de sus más acertados relatos,
el autor de fama internacional

KEITH LUGER

¡La violenta historia de un hombre que se propuso salvar la vida a dos seres inocentes sabiendo que, para desenamascar a los verdaderos culpables, tan sólo disponía de veinticuatro horas!

DIA VIOLENTO

Podrá leerla la próxima semana, publicada en la
colección de los grandes éxitos:

COLECCION BISONTE EXTRA

¡Encárguela ahora a su proveedor!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

La aparición de un vampiro, no menos malféica que la influencia del ganadero Zurn, enamorado de la mujer que él amaba, hicieron que Hubert Swords demostrara cuánto podía dar de sí, un hombre valiente, recto y justiciero...



MEADOW CASTLE

es el dinámico autor de esta trepidante novela, titulada

VAMPIROS EN TOLAR

¡La historia de un hombre que, enfrentado al mayor misterio que pudo envolver a las lejanas tierras del Oeste, supo defender el honor de la mujer amada ante las furiosas acometidas de sus enemigos!

VAMPIROS EN TOLAR

¡No deje de leer esta apasionante novela, en el próximo número de la sin par

COLECCION BUFALO EXTRA

¡Encárguela ahora mismo a su proveedor habitual!

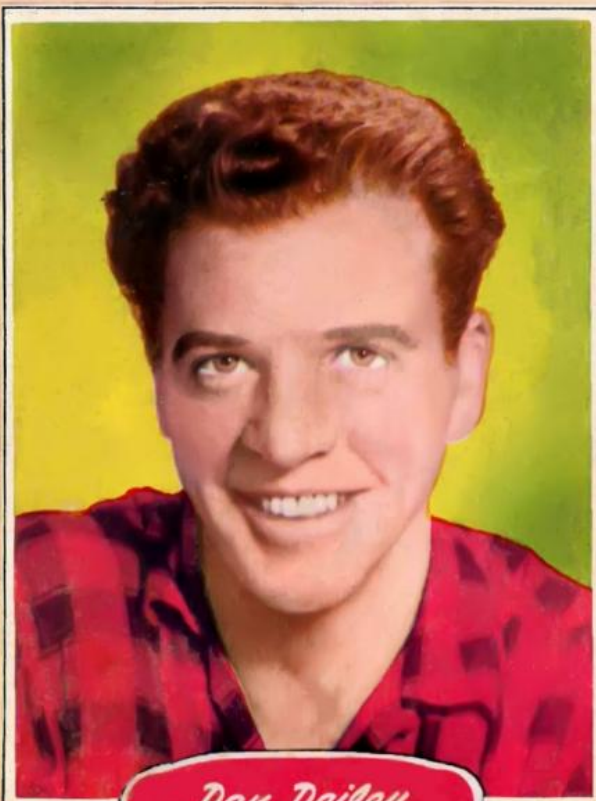
Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Dan Dailey

N.º 803 Estrella de la película CinemaScope de 20th.
Century-Fox "El autocar decarriado".

Foto 20th. CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas

.Printed in Spain

Precio en la Rep. Argentina: \$ 4.50